

Palabra

REVISTA CULTURAL

SEPTIEMBRE 2025 | NÚMERO 45

IRENE VALLEJO

Rock Star de las letras

Por Alfonso García Quiñones

Fotografía: James Rajotte
/ Archivo Irene Vallejo /
Ilustración: Ruth Gámez

el Vigía



EDITORIAL

Nieve izquierda

Escribe Irene Vallejo en su columna, El Atlas de Pandora, una lúcida y “siniestra” disertación sobre la zurdera. En ella, la autora de *El infinito en un junco* no hace otra cosa que refrendar cierto cúmulo de palabras etéreas que emanan su paz y su compromiso, el llamado a la consciencia de algo que nítidamente nos hace observar una raíz múltiple, una fuente en vuelo, la vocecilla que perdura animando el tejido invisible e imperecedero de los clásicos.

“En su otoñal *Candilejas* —nos cuenta Vallejo—, Chaplin filma una secuencia inolvidable junto a Buster Keaton, ambos envejecidos y frágiles. De Keaton, el gran cómico de rostro impasible, se cuenta que una cláusula de su contrato le prohibía reír en público, y que esta violencia psíquica desencadenó un ataque de locura y su ingreso en una clínica. Alcohólico y enfermo, se reunió con Chaplin para un gag conmovedor: dos músicos torpes y desafortunados intentan con todas sus fuerzas salvar del naufragio un concierto catastrófico. Chaplin toca el violín con la mano izquierda, sujetando el mástil y pisando las cuerdas con el gesto forzado, torcido, tenso y casi imposible que todo zurdo reconoce al instante”.

Y, en verdad, no podemos imaginar una exposición más clara y contundente, recíproca entre escritor, actores y lector —mediando entre lo excepcional y lo cinematográfico—, porque el orden de las palabras, esas hiladoras del telar del alma, y el sentido que acuna la suavidad lograda, hacen que soltemos amarras y naveguemos en la experiencia que ofrece la belleza de ver y leer —en un cálido deshielo de bondad— en el mar de los entendimientos.

Si salir a recibir la caída de la nieve a la luz de la ventana significa la reunificación espiritual más levitante en la Tierra, repasar las páginas de PALABRA es encontrarnos ahora con Irene Vallejo en ese su milagro siempre esclarecedor y purificador.

R.S.

ÍNDICE

Irene Vallejo: <i>Rock Star</i> de las letras / Alfonso García Quiñones	págs. 3 y 4
Reservas para el invierno del espíritu / Rael Salvador	pág. 5
Soy siniestra / Irene Vallejo	pág. 6
Viaje a Macon y Milledgeville (Georgia) / Ramón Ángel Acevedo Arce, “Rakar”	págs. 7 a 10
“Joserra” y cómo pasa el tiempo / Eduardo Cruz Vázquez	pág. 11
Rysard Kapuscinski. <i>Los cínicos no sirven para este oficio</i> / Rael Salvador	págs. 12 y 13
<i>Call Me Border</i> : la frontera es mi identidad, mi destino, mi creación / Gabriel Trujillo Muñoz	págs. 14 a 16
El asilo digital en la Modernidad Tardía / Fernando Mancillas Treviño	págs. 17 a 19
<i>Currículo posmoderno de una soltera antigua</i> o diario amoroso de una mujer posromántica / Por Elizabeth Cazessús	págs. 20 y 21
Gaza: un nuevo capítulo para la historia del pan / Lidia Jorge	págs. 22 y 23
Relectura de Borges / Daniel Salinas Basave	pág. 24

Palabra no responde a colaboraciones no solicitadas ni asume como propias las opiniones de sus columnistas y comentaristas. La opinión de la revista literaria se encuentra reflejada en su editorial.

Todas las imágenes y fotografías que aparecen en la presente edición son utilizadas con fines informativos. El equipo editorial se ha dado a la tarea de indagar los derechos de autor correspondientes o su procedencia, consciente de su obligada autoría. En caso de omitir algún crédito, ofrecemos una disculpa y agradeceremos la información brindada para incluirlo en una posterior edición.

raelart@hotmail.com

Septiembre 2025 / Número 45

Palabra

REVISTA CULTURAL

el Vigía

Director General
Arturo López Juan

Director de Información
Enhoc Santoyo Cid

Director Editorial
Gerardo Sánchez García

Gerente Administrativo
Alfredo Tapia Burgoin

Coordinadora de Publicidad
Ma. Del Socorro Encarnación Osuna

Coordinadora de El Vigía Digital
Sandra Ibarra Anaya

Editor PALABRA
Rael Salvador

Diseño Editorial
Arturo Corpus

Fotografía
Enrique Botello

Colaboradores
Carlos Mongar, Sergio Gómez Montero (+), Gabriel Trujillo Muñoz, Facundo Cabral (+), Federico Campbell (+), Daniel Salinas Basave, Leobardo Sarabia, Santiago M. Zarria, Manuel Quintero, Enrique Botello, Héctor García M., Óscar Ángeles Reyes, Fernando Mancillas, Iliana Hernández, Ruth Gámez, Herandy Rojas, Carlos-Blas Galindo (+), Alberto Manguel, Martín Caparrós, Alfonso Lorenzana, Eduardo Cruz Vázquez, Eric Rodríguez Ochoa, Jorge Ruiz Dueñas, Carlos Velázquez, Dimitris Yeros, Edgar Lima, Rob Riemen, Alexa Álamo, Miguel Lozano, Víctor M. Gruel S., Arnulfo Estrada R., Lidia Jorge, Jorge Ortega, Alexa Álamo, Elizabeth Cazessús y Alfonso García Quiñones.

Corresponsales en el extranjero
Ferdinando Scianna (Italia); Cony Mollet-Sigüenza (Francia); Ramón Ángel Acevedo, “Rakar” (Chile); Patrick Liotta (Argentina); Héctor García Mejía (Los Ángeles).

Corresponsal en Tijuana
Enrique A. Velasco Santana

Av. López Mateos, No. 1875. Ensenada, B. C. México.

Teléfonos para publicidad: 120.55.57, extensión 1021.

Palabra

IRENE VALLEJO

Rock Star de las letras



Por Alfonso García Quiñones
Licenciado y escritor.
despgar@prodigy.net.mx

*Todo lo que somos, lo que hemos sido y
lo que queremos ser está en los libros.*
Severo Mirón

De cada cien libros publicados ¿cuántos de verdad son leídos?, se preguntaba José Emilio Pacheco. Sabemos que son pocos. Por eso llama la atención que el libro *El infinito en un junco* haya alcanzado la categoría de *best seller*. Publicado por primera vez en 2019, ahora mismo está saliendo a la venta su edición número 100 y lleva 4.5 millones de ejemplares vendidos en español y en los 43 idiomas a los que ha sido traducido.

La filóloga Irene Vallejo (Zaragoza, España. 1979) es la autora de este fenómeno de librería. Un dato que hace de *El infinito en un junco* sea una *rara avis* es que el libro contiene un ensayo, es decir, no es una novela; ni es historia aunque describa el medio en que los humanos nos hemos comunicado a partir del hombre de las cavernas; ni es autobiografía, aunque la autora narra que siendo niña sus papás le daban las “buenas noches” leyéndole libros de autores clásicos, que en la adolescencia sufrió el *bullying* de sus compañeros; el amor que le inspira su hijo entonces indispuesto y que para escribir sus libros ha abusado de la paciencia de su esposo. “El ensayo —dice Alfonso Reyes, siguiendo a Nietzsche— es un género literario híbrido, como un centauro, mitad hombre y mitad caballo”.

En su ensayo, la autora teje un extenso relato a partir de la oralidad que, en palabras de Vallejo: «es la principal fuerza creadora de la literatura. Es el nacimiento de todos los relatos, de todas, las mitologías, de todas las leyendas, de toda la cultura. A veces pareciera

que la cultura estuviera necesariamente asociada a la alfabetización, cuando no es así. Y hay que reivindicar todos esos grandes artistas, narradores, creadores que han vivido de la palabra hablada. Es ahí donde se gesta toda la inspiración y toda la fuerza vital que luego fluye hacia la literatura escrita»

Nos recuerda Irene que las comunicaciones escritas de los hombres de las cavernas se hicieron mediante figuras de personas, animales, árboles y plantas —los jeroglíficos, etc.—, que lo mismo fueron grabados en piedra que en *tablets* de barro y madera; y que en el tercer milenio antes de Cristo las comunicaciones por escrito ya fueron en rollos de papel, de papel papiro, cuya materia prima la proporcionaba la planta papiro-junco que, en el antiguo Egipto, crecía abundantemente en las márgenes del río Nilo; y que el tamaño de las hojas de papel papiro era de hasta 30 centímetros de alto, con una longitud variada. Se han encontrado papiros hasta de 42 metros de largo.

Alrededor del Siglo II de nuestra era el papel papiro fue sustituido por el papel pergamino que aparece por primera vez en la ciudad de Pérgamo. Se hacía con piel de oveja limpiada y estirada en las que se podían grabar los jeroglíficos por los dos lados, y que al aparecer el alfabeto lo grabado fueron letras. Los monjes que en la Edad Media hicieron el laborioso trabajo de copistas (de los que habla Humberto Eco en *El nombre de la rosa*) escribían en papel pergamino. Luego, el papel proveniente de China, cuya materia prima era la madera sustituyó al pergamino. Y al inventarse la imprenta en el Siglo XV —salvo por el tamaño— el libro tomó la forma que todavía conserva.

Al referirse al alfabeto de los países occidentales, Irene Vallejo enhebra un relato de cómo nació a partir de la escritura cuneiforme de los sumerios, que fue convertido en letras, consonantes todas, por los fenicios, comerciantes y navegantes de altos vuelos. Que de ahí pasó al arameo, que es el precursor de los alfabetos árabe y hebreo, y que fue en la Grecia antigua donde se enriqueció —se embelleció— el alfabeto al

“Al referirse al alfabeto de los países occidentales, Irene Vallejo enhebra un relato de cómo nació a partir de la escritura cuneiforme de los sumerios, que fue convertido en letras, consonantes todas, por los fenicios, comerciantes y navegantes de altos vuelos”



La escritora Irene Vallejo.

agregársele las vocales. Que, a partir del griego, en la península itálica se creó el latín, el cual devino en castellano en tiempos de Alfonso El Sabio.

Irene Vallejo se muestra abiertamente feminista. Refiere que las costumbres de la Grecia antigua eran machistas (era común ver a un actor ateniense, barbudo, representar el papel de Antígona o de Electra), y destaca las excepciones: «Mujeres que recibieron educación, que escribían y se enfrentaban a la amenaza de la burla masculina, por lo que lo hacían en secreto: sugerían sin llegar a decir, en un acertijo, el interrogante. Como escribe Carlos García Gual: expresarse por medio de enigmas era, en el ámbito griego, algo propio de las mujeres, tejedoras también con palabras».

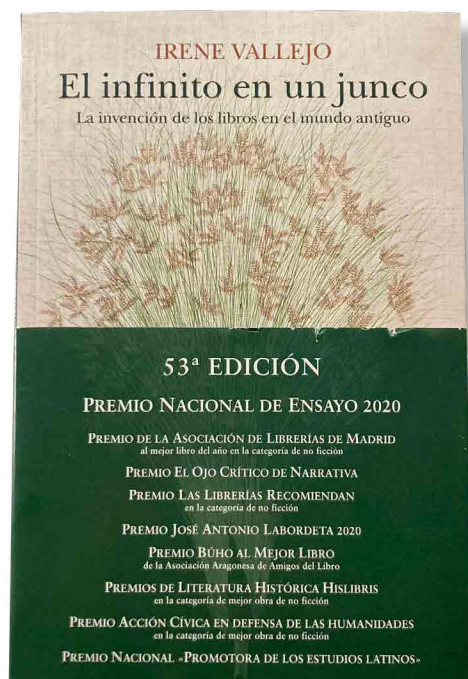
Que el primer autor del mundo que firma un texto con su propio nombre es una mujer: «Mil quinientos años antes que Homero, la sacerdotisa Enheduanna escribió un conjunto de himnos y los rubricó con orgullo... Cuando los estudiosos descifraron los fragmentos de sus versos perdidos durante milenios y recuperados solo en el siglo XX la apodaron “la Shakespeare de la literatura sumeria”». Y que, a diferencia de Grecia, «en la costa de Anatolia y las islas cercanas del Egeo (Lesbos, Quíos, Samos) las niñas recibían educación y ya mujeres algunas hacían oír su voz. Según Platón, en la isla de Creta a la patria le llamaban “matria”»

«En la batalla de Salamina —nos comenta Vallejo—, una mujer, Artemisia, fue la comandante de una de las flotillas triunfantes, y en la isla de Rodas se dio un caso insólito: el de una chica joven que, sin dedicarse a la prostitución, participaba en los banquetes masculinos. Se llamaba Emeutis, que significa “la de la buena inteligencia”; era hija de Cleóbulo, uno de los 7 sabios de Grecia»

De Safo, Irene transcribe algunos versos que, al haber sido escritos en el Siglo VI a. C, esconden una revolución mental porque «cuestionan aquello que la mayoría admira. Frente a las aburridas exhibiciones de músculo guerrero, Safo prefería sentir y evocar el deseo: “Lo más bello es lo que cada uno ama”, es decir, quien ama crea la belleza y desear es un acto creativo, igual que escribir versos. Después de su fracaso matrimonial Safo dirigió un grupo de chicas jóvenes, hijas de familias ilustres que, juntas, componían poesía, hacían sacrificios a Afrodita, trenzaban coronas de flores, sentían deseo, se acariciaban, cantaban y bailaban ajenas a los hombres»

En el capítulo dedicados al origen y al florecimiento de las bibliotecas, la autora de *El infinito en un junco* vuelca sus afectos y su propia experiencia escribiendo párrafos sobresalientes, como los siguientes:

«...Misteriosos grupos de hombres a caballo reco-



rren los caminos de Grecia. Los campesinos los ven pasar con desconfianza. Para ellos son cobradores de impuestos o traficantes de esclavos. Esos jinetes cabalgan rodeando las aldeas. Han escalado montañas, franqueado desfiladeros y han navegado de isla en isla para cumplir con su tarea. Son cazadores en busca de presas de un tipo muy especial.

»En su recorrido, los jinetes han atravesado comarcas asoladas por incendios, han contemplado la ceniza caliente de la destrucción y la brutalidad de rebeldes y mercenarios en pie de guerra. Cuando la noche les sor-

prende solo su capa les protege de los escorpiones. Han conocido el tormento de los piojos, el miedo constante a los bandoleros que infestan los caminos. Cabalgan con miedo.

»Es lógico que tengan miedo. El rey de Egipto les ha confiado grandes sumas de dinero y en aquel tiempo, décadas después de la muerte de Alejandro, viajar llevando una gran fortuna era muy arriesgado. Los campesinos los ven pasar sentados a fisgonear a la puerta de sus cabañas. Los mercenarios y los bandidos habrían abierto unos ojos asombrados y una boca incrédula si hubieran sabido qué perseguían los jinetes extranjeros.

»Libros, buscaban libros.

»Era el secreto mejor guardado de la corte egipcia. El Señor de las dos Tierras, uno de los hombres más poderosos del momento, daría la vida (la de otros, claro; siempre es así con los reyes) por conseguir todos los libros del mundo para su Gran Biblioteca de Alejandría.

Perseguía el sueño de su amigo y jefe Alejandro —Alejandro Magno— de formar la biblioteca absoluta y perfecta, con una que reuniría todas las obras de todos los autores desde el principio de los tiempos»

Irene Vallejo supone que la biblioteca de Alejandría nació en la mente de Alejandro (Alejandro Magno, a partir del Siglo II, d. C.) y que ahí se hizo realidad el sueño de universalidad de este discípulo de Aristóteles, porque «en los anaques de Alejandría fueron



Fotos: Archivo Irene Vallejo

abolidas todas las fronteras y allí convivieron en calma las palabras de los griegos, los judíos, los egipcios los iranos y los indios»

Al referirse a la biblioteca de la universidad de Oxford, en Inglaterra, donde pasó un tiempo en sus trabajos de investigación, dice Irene que cuando se presentó a solicitar el acceso a la biblioteca contestó un interrogatorio que parecía formulado por la CIA, y que al día siguiente que le notificaron que su solicitud había sido aprobada, juró por escrito que —entre otras cosas— no arrancaría ni rayaría las hojas de ningún libro, que trataría a cada libro con sumo cuidado y que no se robaría ninguno de los libros de esa biblioteca. También menciona que el acervo de la biblioteca de la universidad de Oxford es tan grande que el espacio en el que está guardado y protegido contra la humedad se extiende a lo largo de varios kilómetros de túneles subterráneos.

Muchos de sus lectores vemos a Irene Vallejo como una *Rock Star* de las letras. Tan es reconocido su trabajo en el mundo que desde hace cinco años no hay feria del libro que no la invite a participar, lo mismo en Alemania que en Egipto, en Islandia que en México y, recientemente, en la Feria del libro de Guatemala. En la visita que hizo Irene a la UNAM, hace 4 años, de los 3 mil que abarrotaron la Sala Netzahualcōyotl para oírla y conocerla, la mitad hicieron cola más de tres horas para conseguir una dedicatoria y su firma. 

Ensenada, B.C., agosto de 2025.

El infinito en un junco

Reservas para el invierno del espíritu



Por Rael Salvador
Escritor y editor
raelart@hotmail.com

Las piedras tibias son relojes que marcan el tiempo en milenios.

El fenómeno se percibe cuando nuestras manos experimentan siglos de cultura en el dulce peso de sus rostros bruscos.

Residuos de un calor genealógico, vestigios geológicos —escombros, restos, ruinas, derrumbes aprisionados—, nos indican que ahí se encuentran las muestras de lo cuneiforme, la diversas caligrafías de otras vidas, los rasguños que el arcoiris fija en la oscuridad.

Arenilla del otoño de los mitos, las piedras son cielos que se leen como espejos. Reservas para el invierno del espíritu.

Libros, hermanos menores de las piedras —memoria que pulsa—, también aprendices a imitar los renglones de las estrellas. En sus diversos atuendos, según la gala de la época, evolucionaron de la rudimentaria muesa en la caverna a la tableta de lodo o miel, del papiro al pergamino, de la edición del papel a la pantalla.

La escritora Irene Vallejo, autora de *El infinito en un junco* (Siruela, 2019), Premio Nacional de Ensayo 2020 (España), sabe bien —como Lorca y Nuccio Ordine— que el libro es el pan del espíritu,

compañero de diálogo, porque el significado de compañero es quien comparte el pan en el camino.

Marco Fabio Quintiliano, guirnaldas de una roma hispánica, pone la mesa pedagógica en las páginas de Vallejo, porque en su genuino entusiasmo y amor por la enseñanza recomienda abecedarios de pan; es decir, que las letras —en la adquisición de la lectura y la escritura— logren la esencia horneada del pastel, el bollo o el bizcocho... y que los niños se alimenten de ellos; así como en la Iásnaia Poliana de Tolstói todavía el pan blando llega humeante a las mesas de la escuela.

“Yo, si tuviera hambre y estuviera desvalido en la calle no pediría un pan; sino que pediría medio pan y un libro”, nos deja dicho Lorca al inaugurar, en septiembre de 1931, la biblioteca de su pueblo, Fuente Vaqueros de negra luna.

Irene Vallejo, filóloga clásica, con una pasión notoria por la amenidad, seguida de la belleza de su erudición —que no guarda rudeza alguna (su voz y sus ojos en igual refrendo)—, nos ofrece en *El infinito en un junco* —canto a la invención de los libros en el mundo antiguo— el refinamiento del saber literario en el ensayo, ya que solicita de su puesta en tinta la implacable sencillez de lo atractivo: la claridad y la eficiencia.

Anécdotas históricas y personales —el manifiesto de una vida dedicada por entero a la lectura y los libros—, abriendo un abanico que estructura las fuentes de



Foto: Archivo Irene Vallejo

la antigüedad al color del presente, donde escribas egipcios, el alado Homero, Alejandro en su magnificencia, el sueño de Alejandría materializado por los Tolomeo, las hábiles tejedoras de la memoria... y muchos otros hechos sucintos en sus poco más de 400 páginas.

La pulcritud encantada de Vallejo nos ofrece páginas líquidas —ipalacios de agua!— que semejan espejos cuánticos —donde las piedras son el “apostracismo”, la concatenación de las luces que se

continúan (guijarros homéricos que van saltando sobre la superficie del tiempo)— donde la imaginación se vuelve vals de juncos a la orilla de la Vía Láctea, signos de cenizas vivas que nos llevan de la Casa de las Musas a los senderos empedrados de Roma...

Hay libros que —orbitando la memoria del lector en su estética de lectura— son el vehículo ideal de los cielos: la reserva de los clásicos para el invierno del espíritu. **P**

Soy siniestra



Por Irene Vallejo
Filóloga clásica y escritora.
Ha publicado, novelas, ensayos
y libros infantiles.
@irenevalmore

De niña te preguntabas por qué tu cuerpo tropezaba con los objetos, mientras los demás encajaban con misteriosa fluidez en el laberinto de las cosas y los espacios. Los anillos de las tijeras se hincaban en tus dedos como una mordedura, y las cuchillas no te dejaban ver el rumbo del corte. Luchabas contra la rebeldía del sacapuntas, que era dócil con el resto de compañeros. En la mesa dabas codazos por usar el lado equivocado y tus amigos se apartaban ampliando el espacio que acordonaba tu torpeza. En el corcho de la clase infantil, cuando se desplegaba un museo de láminas, el único dibujo emborronado era siempre el tuyo. Todo se empeñaba en recordarte que algo en ti no funcionaba bien.

Así se sentirían ya los legionarios romanos zurdos, a quienes adiestraban en la lucha con la mano derecha, obligándolos a mantener la otra rígida en el costado. En las antiguas cazas de brujas, el mero hecho de usar la mano izquierda se interpretaba como signo diabólico. En época ilustrada arraigaron en la escuela métodos brutales que incluían golpes y ataduras para castigar

La escena es a la vez divertida y triste, y expresa la extraña vulnerabilidad de quien no consigue hacer nada a derechas.

a quienes no escribían con la derecha: sombras en el siglo de las luces. Hace menos de 200 años, el padre de la criminología, Cesare Lombroso, afirmó que los criminales acostumbra a ser feos, orejudos, simiescos y zurdos. Estos potenciales delincuentes —el 10% de la humanidad— siguieron siendo marginados hasta bien entrado el siglo pasado. En el franquismo se les consideró rebeldes o incluso precoces comunistas, mientras que a su vez los países comunistas también los contrariaban. Al igual que en todo prejuicio, hay varios saltos lógicos sin red: lo habitual se convierte en deseable, luego en preceptivo y finalmente en obligatorio. Y así tropezamos con la eterna aversión al diferente: lo que no es normal está mal.

Tal vez no sea una casualidad que el zurdo Charles Chaplin crease un personaje marginal, desgarrado, propenso a romper con lo establecido y desatar el caos.

Una respuesta humorística a todo un historial de estereotipos. En su otoñal *Candilejas*, filma una secuencia inolvidable junto a Buster Keaton, ambos envejecidos y frágiles. De Keaton, el gran cómico de rostro impasible, se cuenta que una cláusula de su contrato le prohibía reír en público, y que esta violencia psíquica desencadenó un ataque de locura y su ingreso en una clínica. Alcohólico y enfermo, se reunió con Chaplin para un gag conmovedor: dos músicos torpes y desafortunados intentan con todas sus fuerzas salvar del naufragio un concierto ca-

tastrófico. Chaplin toca el violín con la mano izquierda, sujetando el mástil y pisando las cuerdas con el gesto forzado, torcido, tenso y casi imposible que todo zurdo reconoce al instante. La escena es a la vez divertida y triste, y expresa la extraña vulnerabilidad de quien no consigue hacer nada a derechas.

En la antigüedad existió la escritura en bustrofedón, que alternaba la orientación de las palabras de un renglón a otro, como el buey —bous— que ara el campo en un sentido y regresa en el contrario, dando un giro —strophé—. Esta excepción igualitaria no prosperó y la caligrafía occidental se convirtió en una tortura para zurdos. Aún hoy el lenguaje revela los arcaicos prejuicios sobre la lateralidad. En inglés, to be right es tener razón; en español, “destreza” es sinónimo de habilidad; el derecho y los derechos aluden a las leyes y la justicia; en cambio, en latín sinister quería decir “izquierdo”, pero hoy se asocia a lo temible y a la siniestralidad. Los bienaventurados desfilan a la derecha del padre, la misma mano que debe usarse para jurar, bendecir y santiguarse. Por el contrario, levantarse con el pie izquierdo es siempre un mal presagio. El diccionario etimológico de Corominas aclara que los vocablos que significan zurdo en los distintos idiomas suelen partir de la idea de “grosero” y “torpe”, por la ineptitud que se les atribuye. Tras milenios de sospechas, ya es hora de asociar una simbología más amable a la zurdera: este mundo, diseñado para los diestros, podría ser un lugar mejor si todos actuásemos con mano izquierda. **P**



Composición: Ruth Gámez

Viaje a Macon y Milledgeville (Georgia)

Sobre la historia de segregación racial y psicológica en dos pueblos del sur profundo de los EE. UU.



Por Ramón Ángel Acevedo Arce,
"Rakar"
Fotógrafo y escritor, corresponsal de
Palabra en Chile y en otras partes de
América
elviajederakar@hotmail.com

El que se busca se deja iluminar por la sombra.
Taneda Santôka

*En el viaje, descubrimos solamente aquello
de lo que somos portadores. El vacío del viajero fabrica
la vacuidad del viaje; su riqueza produce su excelencia.*
Michel Onfray

Motivaciones de un viaje

Viajamos por diferentes motivos, entre ellos está el sentirnos desarraigados de todo cuanto nos rodea (familia, amistades, trabajo, situaciones, circunstancias), y que nos hace anhelar otras realidades posibles, incursionar en lo misterioso y desconocido, quizás para reencontrarnos con esa poética íntima más coincidente con nuestra propia esencia, y no con la suma de nebulosas y prejuicios con que los otros frecuentemente nos juzgan. En efecto, este viaje venía precedido por diversas disensiones, desencuentros y desencantos con personas relativamente cercanas, pero que no eran más que el anverso ilusorio de esa soledad crónica que arrecia y predomina.

La mayor de estas disonancias, venía dada por una controversia que había sostenido con un pariente cercano sobre la supuesta "objetividad" que él argumentaba de un artículo del periódico El País. Le comenté que no existía tal objetividad y que, según el escritor Ryszard Kapuscinski, ser "objetivo" en el periodismo no era más que "una pretensión artificial" que producía "textos fríos y muertos que no convencen a nadie", pues el periodismo funciona de acuerdo a los intereses de los propietarios de la prensa. Y añadí que todo cuanto este autor había escrito, lo había documentado



"con pasión", cosa en la cual mi interlocutor no creía y que despachaba en un santiamén con el mote de "soberana estupidez" y con frío pragmatismo. Además, le había señalado que la máxima de este periodista para realizar cada uno de sus reportajes era, "por cada página escrita, cien leídas", y que su vida había sido un ejemplo de coherencia; no se hospedaba en fastuosos hoteles, sino en las mismas casas de adobe de los humildes lugareños de cualquier aldea que visitaba, tal como había sido en sus años de pobreza infantil en su Polonia natal. Ante esto, mi contradictor había dejado entrever mi supuesta "incoherencia" de hablar de un reportero intrépido y "a todo terreno" como el que le citaba, y estar *ad portas* (a las puertas) de emprender un viaje (supuestamente "de placer", pensaba él) a los EE. UU. En una carta le repuse que no había tal con-

tradicción, como él suponía, y le recordé que, en mis anteriores viajes a comunidades indígenas de México enclavadas en sierras de clima inhóspito —y mucho antes de leer a Kapuscinski—, había sido habitual que tuviera que comer con las manos, deponer en letrinas de pozo y dormir sobre esterillas cubriéndome con sólo una cobija en noches frías, y si bien mi viaje actual no tenía esa misma tesitura, estaba ciertamente en las antípodas del turismo burgués y complaciente que se solaza en la epidermis de las ciudades y los pueblos.

Otra de mis disonancias, venía dada por mi desilusión, como director de arte, en una pequeña editorial en la que había puesto mi dedicación y mis mejores esfuerzos. Ya no me satisfacía tratar con escritores, ni correctores, ni dedicar mi tiempo para realizar libros



Fotos: Ramón A. Acevedo Arce, "Rakar"

de hermosa factura (en varios de cuyas portadas se habían impresos imágenes de mi autoría). Estaba cansado de todo esto; ya no reconocía mi propio rostro en esta actividad, y definitivamente no continuaría. Me daba cuenta que esta etapa no había sido más que un paradero fortuito, una aventura casual para enfrentar ese interregno que me conduciría hasta un nuevo desafío fotográfico, pues lo mío había sido y seguiría siendo la Fotografía (y hasta cuando Dios lo dispusiera). ¡Al diantre todo lo demás!, aun tuviese que malvivir con menguados recursos económicos, y recibir estoicamente los “cachetazos” del mundo, como machaconamente me auguraba mi pariente consanguíneo, con quien nos habíamos enfrascado en disensos estériles y mutuos (ciertamente esta era su manera menos poética de referirse a *Los heraldos negros* de César Vallejo, que a veces nos depara la vida).

Pero emprender este viaje no sólo estaba motivado reactivamente, sino que se conjuntaba mi intención de reencontrarme con la escultora afroamericana que me invitaba a conocer su nuevo hogar; y mi deseo de retomar la fotografía documental y la crónica de viajes, que era lo que por años me había constituido. Asimismo, era la mejor manera de dilucidar si lo que me afectaba era una “parálisis creativa” (que suponía se había instalado silenciosamente en mi alma), o era simplemente el tiempo prolongado que había transcurrido desde mi anterior proyecto fotodocumental lo que me estaba causando estragos (soy de esa clase de fotógrafo que emprendo proyectos de largo aliento, y sólo cuando siento que están en correspondencia con mi espíritu).

Así, explorar el sur profundo de los EE. UU., me daba el pretexto necesario para desandar caminos. Sin embargo, a la sazón, nada me hacía conjeturar que mi exploración en

dos comunidades sureñas me llevaría a encontrar inusitadas historias de segregación racial, social y psicológica, todas las cuales estaban íntimamente imbricadas, y que esta última se correspondería plenamente con mi enquistado sentimiento de desarraigo que me apartaba una vez más de mi entorno sudaca y nacional.

Macon (Condado de Bibb)

En los estados sureños había aproximadamente 46 000 plantaciones algodoneras. Macon, emplazada en el corazón de Georgia, albergaba un buen número de esas plantaciones en donde su cultivo era realizado por africanos esclavizados. Los estados de Georgia y Carolina del Sur habían sido el epicentro de la Confederación durante la Guerra Civil Americana, también llamada Guerra de Secesión (1861-1865), que confrontó los estados del norte (abolicionistas) a los estados del sur que luchaban por mantener la esclavitud, y Macon había desempeñado un papel relevante durante ese conflicto.

Quien también llegó a jugar un papel importante en dicha conflagración, como, asimismo, en la historia de la Fotografía, fue el fotógrafo estadounidense Mathew

Brady (1822-1824-15 de enero de 1896) que, junto a sus colaboradores Timothy O’Sullivan y Alexander Gardner, documentó ampliamente en las mismas lizas de batalla. Sus imágenes impactantes, apunta Gisèle Freund, “dan por primera vez una idea muy completa del horror” de una de las primeras guerras que pudo ser conocida por el gran público, pues “con la fotografía se abre una ventana al mundo”. Considerando que la técnica empleada por Brady era la daguerrotipia (con aparatos muy pesados y largas poses de exposición), su registro conforma un documento veraz de “valor excepcional” (*La fotografía como documento social*).

Queriendo conocer de cerca alguna de esas plantaciones de algodón, pude adentrarme en los terrenos de la Plantación Jarrell ubicada en las colinas de arcilla roja, en la pequeña comunidad de Juliette, a 35 km de Macon. Fue una granja de trabajo forzado, cuyo dueño (John Jarrell), era un mediano productor que, un año antes del inicio de la Guerra, llegó a tener 39 esclavos que laboraban para mantener 270 ha de tierra con sus cultivos. Hoy día este lugar es un sitio histórico y sólo se conservan las antiguas casas de la familia Jarrell, y toda la infraestructura con las maquinarias e instrumentos de trabajo de aquella época. Sólo un conjunto de piedras apiladas nos indica el lugar en donde nacían, vivían y morían los esclavos. Constituye —como todo Memorial convertido en típico lugar turístico— un sitio aséptico, anodino y visitable, que sin duda permite obliterar toda una historia de segregación, violencia y oprobio que inequívocamente se vivió en esa plantación y en las muchas otras semejantes que había en el estado de Georgia.

Milledgeville (Condado de Baldwin)

A pesar que esta ciudad fue también un enclave algodonero y capital del estado desde 1804 hasta 1868, no llegué a interesarme en ella sino hasta enterarme del recinto en donde había sido internada una mujer acusada de asesinado múltiple; se trataba de una famosa institución mental a la que pude acceder posteriormente. En efecto, en la década de 1950, el pequeño y plácido pueblo vecino de Macon se vio conmocionado por los asesinatos en serie cometidos por Anjette Llyes, quien había dado muerte por envenenamiento con arsénico a varios de sus parientes: su hija de 9 años, dos de sus maridos y su suegra. Inicialmente fue sentenciada a pena de muerte, sin embargo, después de ser diagnosticada de esquizofrenia-paranoide, fue recluida en un complejo psiquiátrico de gran envergadura (hoy Hospital Estatal Central), ubicado en la ciudad de Milledgeville, distante a sólo 40 km de su pueblo natal.

Milledgeville era llamada “La ciudad de los locos”, y en la década de 1940 bastaba sólo mencionar su nombre para aterrorizar a los niños incorregibles. Su Asilo había sido in-

Palabra



augurado en 1842, con el altisonante nombre de *Asilo Estatal de Lunáticos, Idiotas y Epilépticos de Georgia*, y había nacido al amparo de los movimientos de reforma asilar del siglo XIX para las prisiones y manicomios. Su primer paciente llamado Tilman Barnett, un joven granjero que fuera trasladado con cadenas en una carreta tirada por bueyes, fue clasificado en la categoría de los “lunáticos violentos”. La construcción del edificio, y los que le seguirían, fue realizada con mano de obra esclava; en 1847 se terminó de construir un pabellón para mujeres, y en 1858 se concluyó el Edificio Central conocido como Edificio Powell (en sus inmediaciones acamparían las tropas del ejército de La Unión, comandadas por el general Sherman en su lucha contra las fuerzas de la Confederación). Para 1850, la población alcanzaba los 4 632 internos. Inicialmente este Asilo atendía sólo a pacientes blancos, y no sería hasta 1866 que ingresaron los primeros afroamericanos que habían sido liberados, y también albergaría a muchos veteranos de la Guerra Civil. La segregación y las diferencias fueron algo sistemático en la terapia de los internos, pues dependía del color y la clase social a la que pertenecían.

El famoso psiquiatra Theophilus Powell, durante su administración (de 1879 a 1907), separó a los pacientes afroamericanos en otro edificio, y cuando este se incendió, en 1897, fueron confinados en túneles subterráneos. Ese mismo año el Manicomio pasó a llamarse Sanatorio Estatal de Georgia, y la insalubridad, el hacinamiento y la atención precaria se tornaron inmanejables (en 1910, 12 médicos atendían a 3 347 pacientes). En la década del 30 del siglo siguiente, el Sanatorio cambió su nombre a Hospital Estatal de Milledgeville, y para enfrentar a los más de 5 000 internos se emplearon todas las técnicas aceptadas de normalización y control social: el coma insulínico, la lobotomía, el electroshock, los baños de hielo se volvieron frecuentes y comunes. Durante la Gran Depresión, los pacientes llegarían a superar los 9 000. Para 1950, esta cifra se dispararía a 11 800, al punto que todo el personal alienista resultaba insuficiente (la proporción era de uno por cada 100 internos), y los recursos asignados resultaban exiguos. En el año 1960, compitiendo con el Hospital Estatal *Pilgrim* de Nueva York, Milledgeville se había con-



vertido en el psiquiátrico más grande del mundo, con 200 construcciones emplazadas en más de 700 ha, y albergando en sus dependencias a casi 13 000 internos.

En 1959, un reportero de *The Atlanta Journal Constitution* llamado Jack Nelson, realizó una serie de reportajes en el Hospital Estatal. Su acuciosa investigación, que le valió el premio Pulitzer, puso al descubierto una serie de abusos y sevicias cometidos contra la población: atención de 48 médicos que no eran psiquiatras (y varios ni siquiera médicos), experimentación con psicofármacos, esterilización obligatoria, cirugías invasivas y trepanaciones sin ningún control. Todos estos procedimientos habían sido aplicados preferentemente en afroamericanos y mujeres que fungieron como conejillos de indias. Esta investigación periodística, que irrevocablemente revelaba cuerpos humanos intervenidos y flagelados so pretexto de “tratamiento médico”, generó algunos cambios y reformas en Milledgeville, sin embargo los abusos contra los pacientes persistieron.

Michel Foucault, en *Historia de la Locura en la época Clásica*, no menciona explícitamente este vasto Hospital psiquiátrico, pues su obra contextualiza la fundación de

los primeros hospitales mentales en Francia (Bicêtre y Salpêtrière). No obstante, su análisis de la locura —que había pasado de ser vista en la Edad Media como una figura escatológica, a ser considerada a partir de la Ilustración como una enfermedad mental que debía ser dominada y recluida en el reducto del hospital—, nos permite fijar los conceptos en que se enmarcaba el tratamiento de los pacientes mentales al interior de estas instituciones de encierro. Será precisamente en este cambio, desde una mirada religiosa a una mirada social de la locura, que Foucault descubrirá el *a priori* de la percepción médica del siglo XIX, y que mantiene en gran parte su anclaje en la psicoterapia de nuestros días.

Para adentrarnos en la historia de este monumental manicomio y en los orígenes racistas de la psiquiatría (desde su fundación hasta su decadencia y abandono a inicios del siglo XXI), cabe mencionar los libros *iPero por la gracia de Dios: Milledgeville!*, escrito por el Dr. Peter Cranford, quien, como trabajador del Hospital, pudo documentar los horrores allí vividos, y también *Administraciones de locura: El racismo y la obsesión por la psiquiatría estadounidense en el asilo de Milledgeville*, de la escritora Mab Segrest. Ambos autores analizan, en un contexto de supremacía blanca, la historia de esta colosal institución mental que llegó a ser vanguardia del pensamiento psiquiátrico, y en donde se establecieron los fundamentos y las prácticas de las teorías eugenésicas del siglo XX que dieran sustento al pensamiento nazi de la Europa de entreguerras.

Fotografiando el manicomio más colosal y aterrador del mundo

La primera vez que visité este vasto complejo, ahora abandonado, observé que todos los edificios se encontraban con sus portones y ventanas tapiadas, y con rótulos de advertencia que indicaban claramente las sanciones a que se exponía el infractor. Sin embargo, pude ingresar a uno de ellos empujando una de las macizas puertas metálicas del primer piso. Hice allí varias fotografías en un ambiente tétrico y sobrecogedor en el que sólo escasamente por algunas ventanas se filtraba la luz del exterior, y que apenas permitía ver las ruinosas instalaciones: muros desconchados, cielos desvencijados a punto de derrumbarse, vidrios rotos y escombros diseminados por el suelo; todas estas huellas evidenciaban el gran deterioro del inmueble y el paso destructivo del tiempo. Permanecí en el lugar un poco más de media hora. Afuera, en uno de los patios, me esperaba mi compañera visiblemente angustiada por mi tardanza, y por haber desoído sus consejos de NO ENTRAR y de “exponerme a un peligro innecesario”, decía. Al momento de salir, ella conversaba con una

pareja de gringos que venía de Carolina del Norte, y que sólo se habían limitado a explorar los exteriores. Les había informado que un fotógrafo chileno estaba haciendo fotografías en el interior, a lo que el hombre había comentado que, “si era sorprendido por los guardias que custodiaban el lugar, la condición de extranjero me favorecería”. Luego nos dijeron que se dirigían a un cementerio a pocas millas de allí que pertenecía al mismo Hospital, y nos invitaron a conocerlo.

Una vez que llegamos al panteón, intrigado por la presencia de la pareja en estos lugares, indagué si obedecía a alguna investigación antropológica o de algún otro tipo, ante lo cual el hombre respondió que su mujer recopilaba “historias de apariciones, espectros y fantasmas”, y que a él simplemente le parecían “mucho más interesantes, y menos dañinos, los muertos que los vivos” y, concluyó diciendo, que las “energías negativas” que se le atribuía a estos lugares, eran poca cosa comparado con aquellas “vibraciones nocivas y maléficas” que nos dirigen —en presencia y por las Redes— muchos de los que están con vida. Ante sus comentarios, no pude más que alegrarme y asentir, pues no es habitual encontrar personas con ideas e intereses similares en tan lejanas latitudes.

En el sitio, enterradas y numeradas, había 2 000 estacas de hierro fundido que representaban los cerca de 25 000 restos de cuerpos y osamentas descubiertos en las inmediaciones del Hospital psiquiátrico, y que durante años habían sido esparcidos en cementerios colindantes y en fosas comunes abandonadas. El *Cedar Lane Cemetery* había surgido como un monumento institucional para conmemorar a todos aquellos internos que murieron en forma anónima; constituye el cementerio más grande de reclusos psiquiátricos que se conozca. A pocos metros de allí, pude fotografiar un ángel de bronce que custodia el terreno, abajo del cual, se dice, se encuentra una cápsula con los nombres de los miles de difuntos.

En una segunda visita que realicé a este imponente psiquiátrico, me aventuré por otras instalaciones aledañas; subí y bajé mohosas escalas en la parte trasera del ingente Edificio Powell, pero todas conducían a portones que se encontraban herméticamente cerrados. Regresé al mismo lugar por el que pude colarme la primera ocasión; esta vez el portón se encontraba entornado y me arriesgué hasta el subterráneo, pero no pude traspasar más allá del final de una escalera, pues todo el piso estaba inundado de lodo y agua, y la oscuridad era casi total. La misma ocurrió con mi intento de subir a los pisos posteriores, donde apenas podía adivinar el lugar donde pisaba y, a pesar de poner un ISO muy alto, con dificultad la cámara podía fijar un punto de enfoque. Desestimé subir, y decidí mantenerme en el piso primero en don-

de pude hacer fotografía casi en la penumbra, ora con flash, ora ayudado sólo por la luz de una pequeña linterna que me había proveído. Esta vez lo recorrí completamente y me encontré con mobiliario hospitalario arruinado, mugrosos colchones, grafitis en varios de sus muros y baños, y en una de las últimas habitaciones había centenares de documentos institucionales y archivos empolvados esparcidos en mesones y en el suelo. Fotografié el conjunto, recogí algunos de los papeles al azar y salí del recinto. Afuera me esperaba mi acompañante con su rostro algo menos angustiado que la primera vez, pues durante el trayecto le había recordado que en años anteriores había fotografiado en hospitales mentales de México y de Chile, que la Fotografía y el miedo no conciliaban, y que por nada desperdiciaría la ocasión de registrar en el manicomio abandonado más colosal y aterrador del mundo.

Durante mi estadía hice también otras imágenes ocasionales en Atlanta y Macon, tanto en la ciudad como en su periferia: en el Parque ceremonial de los indios Muscogee Creek, en el Fuerte Hawkings, en viejas fábricas deshabitadas, en antiguas gasolineras, y también había retratado a varios *homeless* con los que me encontraba en los caminos (situación por la que mi compañera me llegó a decir que tenía una especie de magnetismo que los atraía y ellos se dejaban retratar sin mayores objeciones). Asimismo, había registrado en lúgubres panteones e iglesias abandonadas y, durante las noches de la canícula sureña, había complementado mis incursiones fotográficas con el buen cine de terror del mexicano Carlos E. Taboada.

Concluía así mi Viaje a Macon de casi 90 días. En una contingencia difícil para viajar al país del norte, me había puesto en marcha impulsado por el deseo de partir hacia lo desconocido y, aunque no estuviera en mis planes, el sólo hecho de poder fotografiar el Hospital Psiquiátrico más grande del mundo, justificaba enteramente los miles de kilómetros recorridos. Sin duda había sido una experiencia alucinante que me transportaría a los

orígenes de la psiquiatría moderna, con toda su estiba de horrores y sufrimientos. A través de los muros desconchados de un colosal manicomio abandonado, latía toda una fracción de la historia conmovedora de la segregación humana, con sus orígenes racistas, y los brutales tratamientos impuestos para normalizar las mentes y los cuerpos de todos aquellos hombres y mujeres que fueron y pensaron diferente, víctimas propiciatorias en una época significativa de la psiquiatría de los EE. UU. A su vez, toda esta historia se entroncaba con la mía propia, con ese agudo



sentimiento de diferencia, desarraigo y de exclusión que venía de tiempos pasados, porque si ya de niño había preferido la soledad, no era de extrañar que de adulto me hiciera compañero del Abismo, y porque ser distinto a todos será siempre una fatalidad intemporal y en cualquier lugar donde se viva.

Enfrentar lo misterioso y desconocido

Si “uno mismo, es el gran asunto del viaje”, y en él “descubrimos solamente aquello de lo que somos portadores”, según afirma Michel Onfray en su *Teoría del Viaje*, yo mismo había sido la razón de ser principal de este último, y en él cabían toda mi desadaptación crónica, mis inveterados desajustes, mi navegar contracorriente, mis desacuerdos reiterados con el mundo, incluyendo a mi pariente cercano y el estrecho ámbito de relaciones a que me había reducido. Pero ahora, y sin anestésicos, debía enfrentar este Abismo, y no ya conjurarlo con las nieblas de la ilusión y del auto-engaño, sino vivirlo intensamente sin miedo al peligro. Y este viaje, como una invitación socrática a reconocermé, me lo mostraba al desnudo, agudizando la percepción de mi insondable diferencia que podía resultar infinitamente aterradora, de no mediar la conversión que la animaba.

Doble movimiento de este viaje, en que su razón última —a todas luces— resultaba ser yo mismo, delineando claramente mi ontología y mi poética ingrima, y a su vez, me inducía a dar un salto hacia lo aterrador y lo desconocido, a enfrentar lo misterioso y oculto que habita afuera y también en nosotros mismos. Porque, aunque ya no realizara otro viaje, o este fuera el último, aún continuaría en esa travesía espiritual que implica toda vida humana, por mínima que sea. Ya no había más que transitar esa senda en soledad, siguiendo ese llamado sobrenatural que me instaba esta vez al desasimiento y al completo olvido de mí mismo, a esa suerte de Vacío que me liberaba aún más de los seres y las cosas, y de todas las ilusiones y trampantojos de este mundo. **P**

Rakar, julio 2 de 2025. Macon, Georgia, EE. UU.

Palabra

ESTAR NEPANTLA

“Joserra” y cómo pasa el tiempo



Por Eduardo Cruz Vázquez
Periodista, gestor cultural,
ex diplomático cultural, formador
de emprendedores culturales y ante
todo arqueólogo del sector cultural
angol97@yahoo.com.mx

En la era del *streaming*, el documental vive una expansión extraordinaria. Además, muchas producciones en serie. Hace unas semanas se estrenó el Disney+ *Protagonista: La vida de José Ramón Fernández*. En efecto, el largo periplo de la leyenda del periodismo deportivo, una figura que por igual es ángel y demonio sin importar la generación. En su cuenta X tiene más de tres millones de seguidores.

Es una impecable producción de la empresa que es su casa desde que dejó TV Azteca, ESPN. Son tres episodios bajo la dirección del argentino, talentosísimo, Martin Fradkin. “Joserra” es parte de un proceso histórico en la televisión mexicana, que vale la pena recalcar. Los fans y los contradictores podrán juzgar el perfil trazado, la validez de los testimonios que ofrece la docuserie, si se abusa, por ejemplo, del melodrama, de reiteraciones para subrayar una y otra vez, que ha sido un hombre tremendamente rudo con quienes le han rodeado, con los protagonistas del deporte mexicano, con su propia familia, pero personaje sin par. Si hay una intención de convertir en purgatorio el tiempo en pantalla, con un “Joserra” melancólico, lleno de culpas y arrepentimientos, al que incluso a veces no se le escucha lo que dice, como si estuviera esperando la muerte.

Soy de los que vivieron la expectativa de un vuelco a los medios públicos tras el desastre en su manejo por el presidente José López Portillo y su hermana Margarita. Miguel de la Madrid crea tres institutos mexicanos: de Televisión (IMEVISIÓN), de la Radio (IMER) y de Cinematografía (IMCINE). Tengo claro el recuerdo de varias visitas a los estudios de IMEVISIÓN, que servían fundamentalmente a Canal 13, en mi etapa



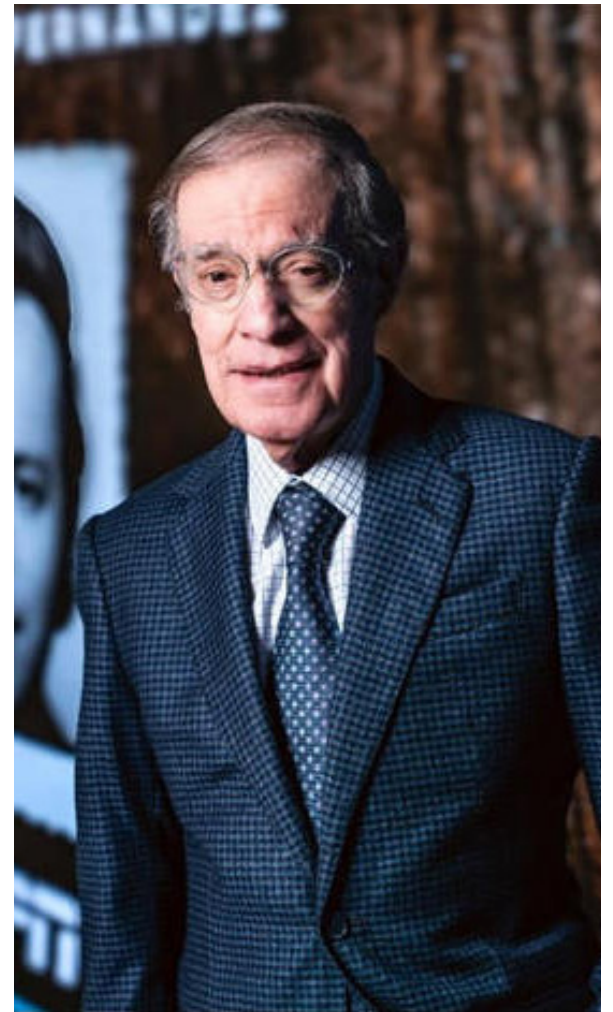
José Ramón Fernández, de joven.

previa a ingresar a la licenciatura en Comunicación en la UAM Xochimilco. Las instalaciones eran impactantes. Por ahí vi a “Joserra”.

“La docuserie de Martin Fradkin ofrece un emocionante rescate de archivos de imagen. Revives tanto al vibrante José Ramón Fernández, como los tiempos políticos, lo cual no es asunto menor”

Como en los cuentos, hubo un tiempo en que el Estado invirtió mucha lana en tener medios de servicio público. Con ello favoreció semilleros de talentos y nichos para diversidad de inteligencias, como Jorge Saldaña y Ricardo Rocha. Hasta Joaquín López Dóriga pasó por esos estudios. La docuserie de Fradkin ofrece un emocionante rescate de archivos de imagen. Revives tanto al vibrante José Ramón, como los tiempos políticos, lo cual no es asunto menor. Fue el último tramo de un proceso que llevó, al presidente Carlos Salinas, a la venta de las frecuencias 7 y 13, que vieron nacer TV Azteca.

Ahí siguió el poblano “Joserra”, convertido en el poderoso contrincante de Televisa. Esta es otra transición relevante. Aunque nacieron entre los años 80 y 90 sistemas regionales de Radio y Televisión en manos de gobiernos estatales, muchos aún operando, aunque sea en penumbras, el duopolio televisivo



JRF, actualidad.

marcó las rutas a las audiencias. Hasta que apareció la competencia por el sistema satelital y de televisión por cable, llegada de los Estados Unidos: Fox y ESPN. El tercer momento relevante vino con el advenimiento de la revolución tecnológica, de la cultura digital, ante lo cual José Ramón Fernández no tuvo freno. Tras la ruptura con Ricardo Salinas Pliego, encontró acomodo en ESPN, cuando muchos esperaban que fortaleciese los empeños de Carlos Slim en sus negocios deportivos.

¡Cuánta cosa hemos visto! No se pierdan la docuserie. **P**

Palabra

RYSARD KAPUŚCIŃSKI

Los cínicos no sirven para este oficio

Licenciado en Historia por la Universidad de Varsovia y amante de la lectura del griego Heródoto (padre de la Historia en el mundo moderno), John Berger o Ernest Hemingway, de quien aprendió inglés en la India, leyendo Por quién doblan las campanas bajo las interminables lluvias del monzón



Por Rael Salvador
Escritor y editor
raelart@hotmail.com

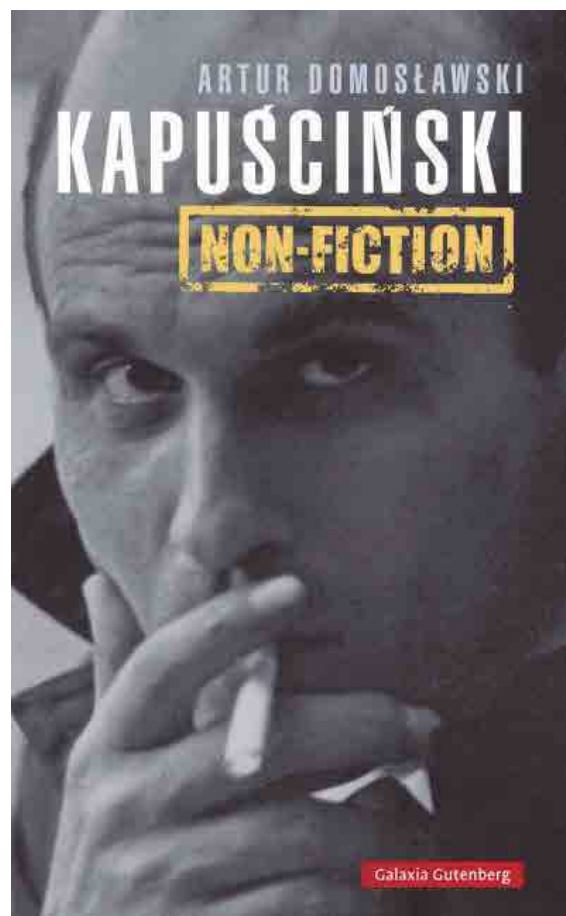
«Modelo de hombre convincente, así como legítimo instructor del reportaje y el relato, Ryszard Kapuściński, el “Enviado de Dios”, como lo solía llamar “el espía que surgió del frío”, el también ya fallecido John Le Carré»

Para sorpresa nuestra, tras el deceso de periodista Ryszard Kapuściński (1932-2007) no se obtuvieron noticias confiables del “más allá”. No sabemos, a ciencia cierta, si en verdad se encuentra un ángel degollado en el lado prohibido de la Luna, si Caronte —el hippioso barquero de Hades en el inframundo—, tras el arribo del “Libre Mercado” y los viajes interestelares, continúa siendo justo en sus cuotas de traslado, o si en realidad el Edén de Alá colinda “esquina con Paraíso”.

Sobre todo, aquí mismo, no podríamos asegurar si el periodismo metido a la Literatura (con mayúscula), como lo fue la eminente faena terrestre de Kapuściński, continúa ocupando el mismo rango, el magistral oficio de los cinco sentidos: estar, ver, oír, compartir y pensar.

Lo que sí podemos constatar es que, al abandonar su cuerpo —para elevarse sobre los vivos—, el trágico Kapuściński nos ha legado su periodismo como conocimiento y la circulación de sus libros como divulgación de la Historia. En la instructiva belleza de *Viajes con Heródoto*, el categórico maestro del apunte comenta: “El individuo es prácticamente el único depositario de la memoria. De manera que para llegar a aquello que ha sido recordado hay que ir hacia él; y si vive lejos de nuestra morada, tenemos que ir a buscarlo, emprender el viaje, y cuando ya lo encontremos, sentarnos junto a él y escuchar lo que nos quiera decir. Escuchar, recordar y tal vez apuntar. Así es como, a partir de una situación como ésta, nace el reportaje”.

Modelo de hombre convincente, así como legítimo instructor del reportaje y el relato, Ryszard Kapuściński, el “Enviado de Dios” —como lo solía llamar “el espía que surgió del frío”, el también ya fallecido John Le Carré (1931-2020)—, hizo de la paciencia de ver, del refinamiento de escuchar y de la habilidad de contar una “escuela” atípica.



Fotos: Archivo Palabra

Reuniendo lo excelso del periodismo con el refinamiento detallista de la Literatura, el autor de *Los cínicos nos sirven para este oficio* logró la maestría y la depuración narrativa que lo ubicaron como un “faro de buena luz” entre los catastróficos y humillantes golpes de las costumbres. Sí, Kapuściński llevó el reportaje a la categoría de obra de arte.

Ryszard Kapuściński representa, tanto para el periodismo como para la Literatura, la nítida imagen del compromiso. Antes de adjudicarse la regalía, la retribución y la salvedad de ser un “Periodista ejecutivo”, prefirió contar la pobreza, el hambre, la

ternura y la desesperación en la guerra del hombre. Investigador de la verdad, no aceptó los condicionamientos del poder. Los hoteles de “cinco estrellas”, el “desayuno como intercambio”, los vuelos privados —que privan de hacer las preguntas al vuelo— y las “guías” del ministerio no eran para él. Sabía que la estación de estos “placeres animales” no eran buenos consejeros para la ética.

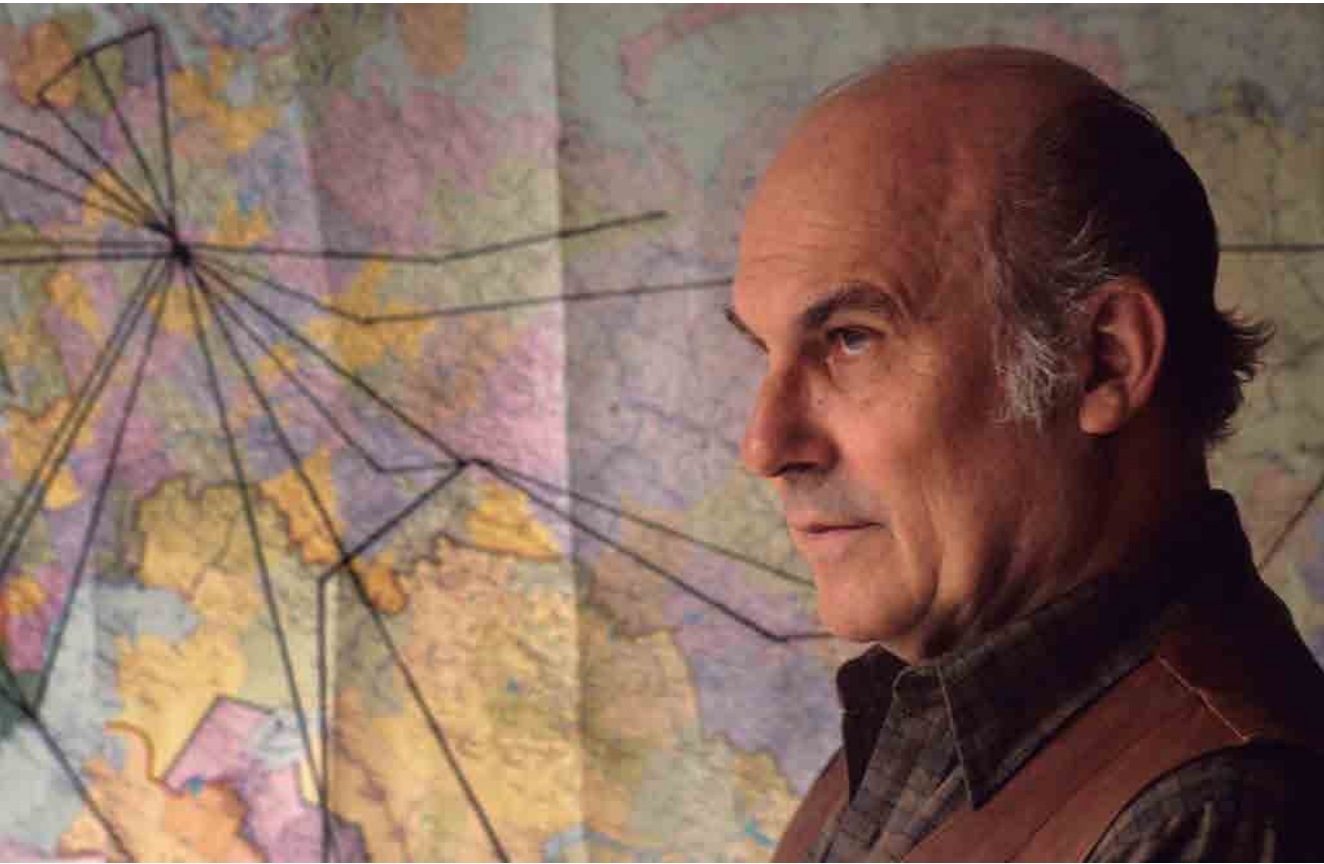
Los que aceptaros acompañantes, escoltas y blindajes, sobres de remuneración y ascensos “justificados”, de “esos” que escribieron bajo la comodidad de la deslealtad y el despilfarro, que recibieron el vulgar boleto de la salvedad, de ellos nada tengo que contar, pues no recuerdo lo que ellos contaron, si es que algo contaron...

“Mis mejores reportajes —recuerdo la voz de Kapuscinski— los he escrito cuando no los he tenido por encargo de mi jefe, cuando mi oficina central no sabía dónde andaba”. Siempre felizmente preocupado por la Cultura (también con mayúscula), sabía que no podía rechazar a esa amante universal, porque ella le ayudaría a penetrar la mentalidad de todas las razas humanas. Solía decir: “una gota de agua concentra la esencia de todo un océano”.

Treinta años cubriendo la deshumanizada torpeza de las guerras, develando los intereses ocultos, casi siempre territoriales o económicos, que se encuentran en estas carnicerías modernas, ya sea de Oriente próximo, de Medio Oriente, de Latinoamérica o del otrora “Mundo del Este”, Ryszard Kapuscinski se convertiría en el testigo privilegiado de los cambios políticos de los países del Primer y Tercer Mundo, y de gran parte de la “descolonización” africana, así como de la sofocación del gobierno democrático del doctor Allende, el enfrentamiento de El Salvador y Honduras (*La guerra del fútbol*), y la revolución que destronaría a Mohammed Reza Pahlevi, el último monarca de Irán (*El Sha o la desmesura del poder*).

En idas y venidas a “dictaduras” y “democracias”, Kapuscinski observó el cruento desarrollo de 27 revoluciones, vivió entre cadáveres y almas desesperadas en doce frentes de guerra y, no sin conmoción existencial, sobrevivió a cuatro condenas a ser fusilado, obteniendo el conocimiento “directo, físico, emotivo” y el derecho de explicar: “No existe peor mezcla que la del arma,

“Treinta años cubriendo la deshumanizada torpeza de las guerras, develando los intereses ocultos, casi siempre territoriales o económicos, que se encuentran en estas carnicerías modernas”



la estupidez y el miedo. De ella no se puede esperar sino lo peor”.

Ryszard Kapuscinski nació el 4 de marzo de 1932, en Pinsk, Bielorrusia, y fallece en Varsovia, Polonia, el 23 de enero de 2007. Licenciado en Historia por la Universidad de Varsovia y amante de la lectura del griego Heródoto (padre de la Historia en el mundo moderno), John Berger o Ernest Hemingway, de quien aprendió inglés en la India, leyendo *Por quién doblan las campanas* bajo las interminables lluvias del monzón; a los 17 años se encontraba ya ejerciendo el periodismo en las revistas Hoy y mañana y Estandarte de la Juventud; posteriormente, a lo largo de 30 años, entre 1958 y 1981, trabajó como Corresponsal Extranjero para la Agencia de Noticias Polaca (PAP), así como en la revista Kultura; gracias a su profesionalismo, siempre cálido e ilustrado, y a su inabarcable calidad humana, será considerado con la justicia de ser el Periodista más grande del siglo XX.

Distinguido con el Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades en 2003, pilar

de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano —junto a Gabriel García Márquez (1927-2014)—, nos ha dejado el reflejo neurálgico de la Condición Humana en las siguientes obras maestras: *El Emperador* (1978); *El Sha o la desmesura del poder* (1987); *Lapidarium*: I, II, III, IV y V (Collage o poética del fragmento, de 1990 a 2002); *La guerra del fútbol y otros personajes* (1992); *El Imperio* (1993); *Ébano* (1998); *Los cínicos no sirven para este oficio / Sobre el buen periodismo* (2000); *Un día más de vida* (2000); *Desde África* (2001); *El mundo de hoy* (2004); *Los cinco sentidos del periodista* (2006); *Viajes con Heródoto* (2006), entre otras traducidas al español.

En 2010, la editorial Galaxia Gutenberg publicó la biografía *Kapuscinski. Non-Fiction*, escrita y documentada por Artur Domoslawski, de la cual, Zygmunt Bauman alcanzó a decir: “En las librerías abundan los pequeños libros acerca de los grandes personajes. También hay un buen número de grandes libros de personajes insignificantes. Quizá lo que más haya sean libros insignificantes sobre personajes no menos insignificantes. Para contar los grandes libros sobre los grandes personajes nos bastan los dedos de las manos, y este libro [*Kapuscinski. Non-Fiction*] es uno de ellos”. **P**

Palabra

Call Me Border:

la frontera es mi identidad, mi destino, mi creación



Por Gabriel Trujillo Muñoz

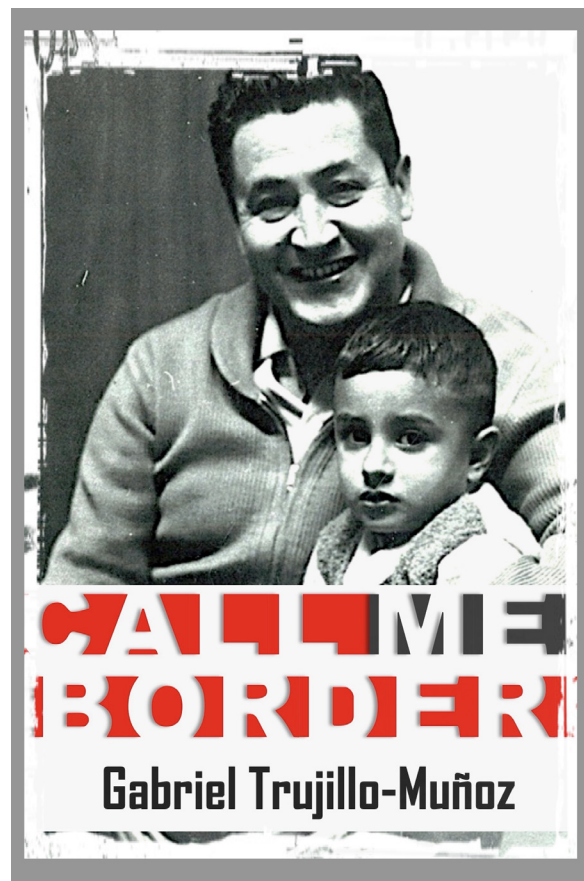
Escritor y poeta, autor de Espantapájaros y Tijuana city, tres novelas cortas.

angel.gabriel.trujillo.munoz@uabc.edu.mx

Vivimos la frontera, los que en ella hemos nacido y crecido, los que a ella hemos llegado como hijos pródigos, con una certeza ineludible: que todo está por ser hecho en ella con la fraternidad del nómada y la voluntad del espejismo. Como escritores fronterizos sabemos que construir en este desierto es un acto de esperanza. Ya sea que nos dediquemos a cantar con la poesía o a contar con la crónica o la novela, ya sea que nos dispongamos a interrogar las arenas con el ensayo o la reseña, el escribir es un compromiso por la permanencia y la memoria, un acto de la creación que se adelanta al olvido y funda, en el aire mismo de la tolvanera, un espacio para sentirnos humanos, para sentirnos hermanos en la misma, fatigosa faena de crear un mundo a imagen y semejanza de nosotros mismos.

La epopeya del norte mexicano fronterizo, cada vez más lo confirmo, no es sólo la de la revolución y sus batallas, la del progreso tecnológico e industrial de nuestras ciudades, la del migrante en busca de un sueño mortal o la de la leyenda negra que otros nos adjudican con la mano en la cintura. La epopeya de la frontera cala más hondo y tiene raíces profundas en nuestra forma de encarar la realidad que nos rodea: transformándola a partir de nuestra imaginación artística y nuestro rigor escritural, a partir de ir puliendo, contra viento y arena, los relatos de nuestro paso por el mundo, las imágenes de nuestro entorno. Y es que la frontera es un lugar idóneo para la narrativa de géneros, ya sea la novela policiaca, la ciencia ficción o la fantasía. En todas estas narrativas, cruzar al otro lado, llegar a otros mundos, es el acto fundacional de la historia que se cuenta, de los viajes que se narran. La frontera es el espacio privilegiado donde realidad e imaginación se dan la mano, donde el límite siempre se está expandiendo en todas direcciones.

Los escritores de la frontera, los que decidimos libremente quedarnos a vivir y trabajar en ella, somos cronistas de situaciones límites, de heroicidades ignoradas por el resto del país. La responsabilidad que nos adjudicamos es darle voz a los que hasta ahora carecen de voz, ofrecerle a nuestra comunidad una caja de resonancia de sus percances y hazañas, de sus tragedias y triunfos. Una microhistoria que sirva para confirmar lo obvio: somos universales desde nuestros particularismos, somos hijos de una lengua hecha de carencias y faltantes, pero también de luz pura y fulgor intenso. De una lengua cuyo fin último es entablar



conversaciones con otras lenguas, crear puentes de comunicación para no sentirnos solos en esta aventura llamada humanidad.

Para crear, para escribir literatura, dice John Berger, se necesita el dolor, la compasión, el escepticismo y la ternura "hacia la experiencia porque es humana". Frente a políticos, moralistas y comerciantes, que dejan a un lado la experiencia humana porque sólo se preocupan por acciones y productos, Berger precisa que "la mayor parte de la literatura ha sido escrita por los desheredados o por los exiliados. Ambas condiciones fijan la atención en la experiencia y así, en la necesidad de redimirla del olvido, de agarrarla frente a la oscuridad". Cabe agregar que escribir hoy en día es escribir desde el margen, desde la periferia, desde el límite mismo, porque es aquí donde quedan muchas historias por contar y estas historias son actos de

"Como escritores fronterizos sabemos que construir en este desierto es un acto de esperanza. Ya sea que nos dediquemos a cantar con la poesía o a contar con la crónica o la novela, ya sea que nos dispongamos a interrogar las arenas con el ensayo o la reseña..."



Gabriel Trujillo Muñoz y el editor Harry Polkinhorn (San Diego, California, 1992).

salvación personal, de experiencias colectivas, de cambios sociales que inciden en la marcha misma del mundo en que vivimos.

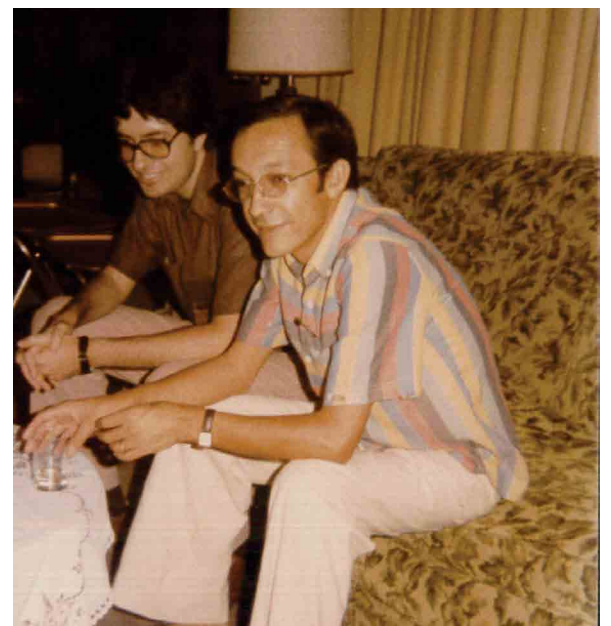
Se escribe, desde las fronteras, no para provocar una catarsis sino para mantener un recuerdo, para sostener un mundo que ya no existe, para hacer perdurable lo efímero, lo transitorio, lo fugaz. El fronterizo sabe que esa experiencia es única en su periplo, singular en su mito de fundación, vital en su lección comunitaria. La experiencia fronteriza es una búsqueda doble: hallar lo perdido, crear la utopía. Estar en el justo límite entre lo deseable y lo posible, en la frágil línea entre lo que has vivido y lo que quieres vivir. La frontera no es (no únicamente es) una división geográfica: es una experiencia ambigua, en donde para unos es sólo un vistazo en la noche, una ciudad con sus luces encendidas, y a cruzar al otro lado.

¿Qué es para ellos la frontera? Un borrón en el paisaje, el traqueteo del camión, el miedo que sentían. Para otros, en cambio, para los que la viven a diario, la frontera es el reloj despertador, la fila para entrar a su trabajo, el hablar en español con sus vecinos y en inglés con sus capataces. ¿Qué es para ellos la frontera? Un adaptarse a cada circunstancia según el país en el que están en ese momento. La frontera como un sitio donde coexisten diferentes maneras de trabajar, saludar y comportarse. Y lo mismo va para la literatura fronteriza, que pretende ser un signo en la intensidad de lo visible, que hace familiares las experiencias extrañas, sean éstas misterios, intrigas o rarezas, sean éstas maneras de vivir, comer o trascender. Por eso la literatura fronteriza es hospitalaria: te permite cruzar hacia donde quieras o quedarte donde te guste, te permite ser tú o los otros, ser tú y los otros a la vez. Aquí

se escribe no para honrar una tradición prestigiosa (que la hay) sino para completar algo fuera de lo común, para compartir un relato que es de todos, para forjar el mito (un mito áspero, duro, inhóspito) desde el principio. Como debe ser: con el peso de la realidad y la luz del espejismo. Una luz que ciega, que enloquece, que redime.

Para un escritor, para un poeta y narrador como yo, vivir en la frontera no es una oportunidad sino un destino creativo. Lo peculiar de mi entorno incide, desde luego, en la forma en que escribo. Soy un autor que utilizo igualmente los elementos de la cultura, la ciencia y la historia para exponer lo que pienso de la realidad, lo que siento del mundo. Vivir en la frontera, en una región inhóspita, te ofrece la posibilidad de crearlo todo desde cero, de levantar tu tienda de palabras y sentidos en medio de la nada. Me encantan los espacios sin límites, el paisaje desierto, la vida en fuga, los contrastes entre culturas. Residir en una ciudad de paso me permite contemplar este tráfico humano que no cesa, experimentar el peregrinaje multitudinario de distintas comunidades. Y no hablo de migraciones de sur a norte o de norte a sur, sino de viajes que cruzan la frontera entre el pasado y el futuro, entre lo tradicional y lo moderno, entre lo culto y lo popular. Mi escritura, por lo mismo, está siempre en movimiento, está siempre en camino hacia otros lugares de la imaginación, hacia otros horizontes del pensamiento. Mis novelas y poemas son la experiencia misma de una peregrinación verbal entre lo que soy y el espejismo que me espera cada vez que abro los ojos y acepto la luz en sus misterios, en sus paradojas. Porque al final de cuentas, narrar es cruzar fronteras, cantar al mundo propio es atravesar límites, tocar con nuestras creaciones otras culturas, otras formas de ser humanos.

“Los escritores de la frontera, los que decidimos libremente quedarnos a vivir y trabajar en ella, somos cronistas de situaciones límites, de heroicidades ignoradas por el resto del país”



Gabriel Trujillo Muñoz y el crítico literario Sergio Gómez Montero (Mexicali, 1984).

¿Qué es para mí, entonces, la vida fronteriza? Es la vida en el borde mismo de la cultura a la que pertenezco, frente a los fastos de otras culturas, de otras formas de vivir el mundo, de imaginarlo. La frontera es como estar en un aparador de prodigios continuos, de vecindades que no pierden el tiempo en conflictos inútiles, sino que somos comunidades que compartimos, a ambos lados de la línea internacional, nuestras certezas y dudas, nuestras fortalezas y debilidades. El mundo fronterizo es una sola región dividida por acuerdos políticos centralistas, hechos a miles de kilómetros de donde vivimos y convivimos. El ser fronterizo te permite quitarte los prejuicios: al otro lado no está la maravilla del mundo ni el villano de la humanidad, sino otros como yo que luchan para hacerse un sitio en esta tierra. No mitos sino realidades humanas. La vida fronteriza es una responsabilidad: la de mantener los ojos abiertos, la de no claudicar ante las ideas de odio, de desdén, de ignorancia, la de construir otra cultura desde la periferia misma de nuestros hábitos y costumbres.

En la frontera, los mitos no funcionan. Los fronterizos de ambos lados de la línea internacional sabemos que los Estados Unidos no es Disneylandia, que México no es el campesino dormido junto a un nopal. ¿Qué hemos aprendido compartiendo dos culturas, la anglosajona y la latinoamericana? A trabajar juntos, a protegernos mutuamente. ¿Por qué? Porque el desierto no perdona al que se descuida, porque levantar ciudades de un millón de habitantes en poco más de cien años requiere solidaridad, requiere fortaleza. ¿Y cuál es nuestra mayor fortaleza como fronterizos? La amistad, el ver al otro tal cual es, con sus

Palabra

sus atributos y carencias, el aprender a seguir adelante pese a todo y a todos. ¿Qué somos entonces? Somos mucho más que el muro: somos una comunidad empecinada en no ser dividida. Un ser comunitario. Una zona de convivencia.

¿Qué es para mí, como escritor, como hijo de su desierto, como habitante suyo, la vida fronteriza? Para obtener una respuesta deben consultar mi reciente libro publicado, *Call Me Border*, que acaba de sacar la San Diego State University Press. Es un libro que estuvo bajo el cuidado de los editores William Nericcio García y Harry Polkinhorn, y fue Nericcio el encargado de diseñar la portada. Este es un libro que, además de lo anterior, incluye una serie de textos y fotografías de mi genealogía familiar y de mi trayectoria como escritor mexicano afincado en la frontera norte mexicana.

Call Me Border es una obra personal, que cuenta mi relación con la frontera, con vivirla, experimentarla, difundirla, trabajarla, compartirla. Como libro, está dividido en varios apartados o secciones. La primera sección habla de mis experiencias y memorias de mi niñez, de mi vida en aquel Mexicali de los años sesenta, principios de los años setenta del siglo XX. La segunda sección se centra en pensamientos sueltos sobre la frontera, en aforismos que la definen, en visiones fragmentarias que la describen, en momentos curiosos que la representan. La tercera, cuarta y quinta secciones, Memorias vagabundas, la Suite angelina y Ciudad de frontera, se dedican a plantear, desde la poesía, retratos de la vida familiar, urbana y viajera en la frontera y más allá. Una autobiografía en verso donde las experiencias propias forman un entramado con la vida fronteriza.

Ahora bien, la sexta sección es una separata de imágenes. En ella descubrirán la presencia de mi familia, mis abuelos maternos, mi padre, Gabriel Trujillo Chacón, mi madre, Margarita Muñoz López, Sergio Gómez Montero, Leobardo Sarabia Quiroz, Federico Campbell, Bibiana Padilla Maltos, Imanol Caneyada, José Agustín, Bernardo Fernández, José Salvador Ruiz, Édgar Cota Torres, Luz Mercedes López Barrera, Karla Mora Corrales, Silvia García, Mara Longoria, Valdemar Jiménez Solís y tantos otros amigos y amigas que, a lo largo de los años, me han acompañado y con quienes he trabajado diversos proyectos editoriales, culturales, vitales y creativos.

La séptima sección se titula Hacia el límite y en ella aparecen una serie de textos ensayísticos que se enfocan en temas artísticos de la frontera: sus artes visuales, sus escritores, pero también sus referentes geográficos: el desierto, la historia, los prejuicios acerca de la frontera. Lo que dicen que somos quienes no viven en esta región del mundo y lo que decimos de ella los que en ella vivimos y trabaja-



Gabriel Trujillo Muñoz y la artista Bibiana Padilla Maltos (Mexicali, 1995).

Fotos: Archivo Gabriel Trujillo Muñoz

mos. La octava sección es un breve diccionario de sitios y personajes fronterizos: Los Ángeles, Coachella, Robert L. Jones, Mark Weiss, Sheilla Dolente, Guillermo Gómez Peña, San Diego, Tijuana, los westerns, los chicanos. La novena y última sección son Escenas de la vida familiar, una suerte de linaje puesto en poemas que hablan de mi familia, de mis orígenes.

En la contraportada de *Call Me Border* se dice que este es: “un libro que no se porta bien. No pide permiso para sentarse en “ficción” ni se acomoda en “memoria”. Y ni de chiste viene a explicarte la frontera. Lo que sí hace — con descaro y sin filtro— es reventar la división México/EE.UU. como una fruta dejada demasiado tiempo al sol: madura, chorreando, viva entre lo dulce y lo podrido. Estos fragmentos, despachos y cuentos-fantasma disfrazados de prosa brotan de la mente de Gabriel Trujillo Muñoz — novelista, ensayista y susurrador de fronteras. Escribe como sueña la línea: inquieta, bilingüe, sensual, agrietada por la violencia, y atravesada por la gracia. El libro salta de época y tono sin pedir permiso. En una página estás en una cantina de Mexicali, en la siguiente en el asiento trasero de una patrulla fronteriza, o flotando dentro de un recuerdo que parece robado. Hay meditaciones sobre desapariciones. Sobre el lenguaje como moretón. Sobre lo difícil que es contar una historia de amor cuando tu país sigue moviendo la línea entre quién puede hablar y quién desaparece. Olvida lo que creías saber sobre las fronteras. Olvida las “narrativas migratorias”. *Call Me Border* es un enigma, un collage, una oración susurrada que podrías escuchar en un centro de detención o en el baño de un antro. Sin mapas. Sin moralejas. Solo el pulso de la frontera misma—palpitando en español e inglés, entre la memoria y el

mito, entre el golpe y la floración. Un libro para quienes saben que las historias sí cruzan muros, incluso cuando los cuerpos ya no pueden”.

Y también, en la misma contraportada, hay un breve comentario del escritor Naief Yehya, que dice: “Muchos ven la frontera entre México y Estados Unidos como cicatriz, ruptura, espacio liminal o pasaje implacable entre mundos. Gabriel Trujillo Muñoz la reimagina a través de simetrías, disonancias, dolor, belleza y resistencia. En este poderoso, poético y adictivo viaje, la frontera sur de EE.UU. se convierte en microscopio para observar la maquinaria imperial estadounidense y su vecino con una mezcla brutal de lirismo y crítica”, mientras que William “Memo” Nericcio, crítico cultural chicano, asegura que: “Gabriel Trujillo Muñoz (n. Mexicali, Baja California, 21 de julio de 1958) es cartógrafo literario de los bordes norteros —poeta, novelista, ensayista y excavador cultural que desarma los mitos sobre la periferia mexicana para reescribirlos con fiebre, fineza y fuego filosófico. Desde sus primeros poemas en los 80—*Moridero*, *Mandrágora*, *Tras el espejismo*—Trujillo ha escrito con una mirada que corta en dos direcciones: hacia afuera, al horizonte ardiente de las ciudades fronterizas; y hacia adentro, al caos donde memoria y mito se entrelazan. Su verso no es para los débiles—late con urgencia, intimidad, y ese zumbido que queda bajo la mortalidad”.

Call Me Border está ya en venta en Amazon y en SDSU Press. Es hora, creo, de aventurarse por sus caminos de arena, por sus augurios y remembranzas. No es un libro más: es un amuleto para vivir la frontera, para conocerla a fondo, para sentirse parte suya. **P**

Palabra

El asilo digital en la Modernidad Tardía

Así como en el colonialismo histórico, las metrópolis imperiales se apropiaban de territorios, recursos, materias primas y la mano de obra de sus colonias, la acumulación de capital del colonialismo de datos se sustenta en la captura y el control de la vida humana



Por **Fernando Mancillas Treviño**
Profesor-Investigador de la Universidad de Sonora
fernancamillas@yahoo.com

Ya no existe la confianza en la vida: la vida misma se ha convertido en "problema".
Friedrich Nietzsche

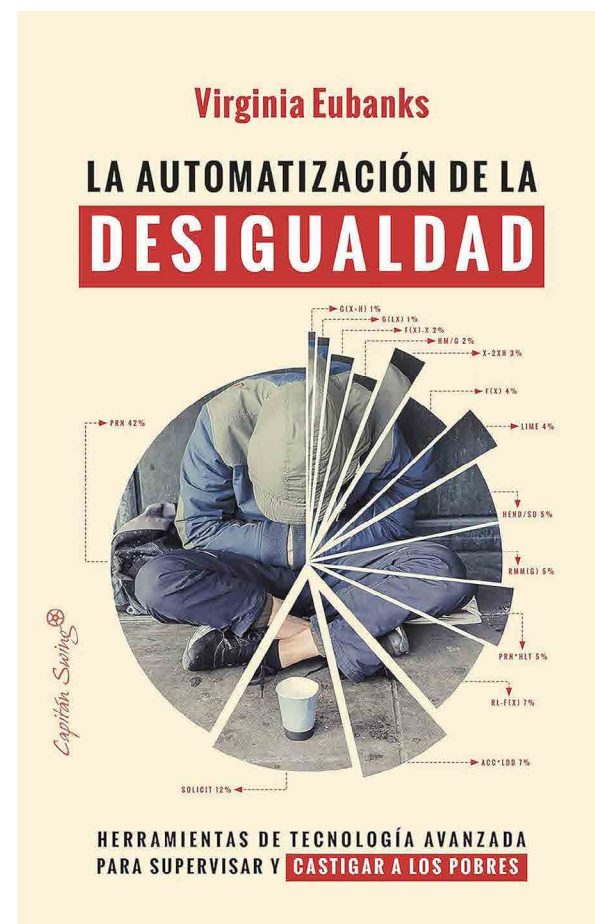
Virginia Eubanks (1972) científica social de la Universidad Estatal de Nueva York, en Albany, (SUNY) realiza en esta obra una profunda investigación en torno a las repercusiones de los sistemas tecnológicos de clasificación y monitorización sobre los pobres, marginados y la clase trabajadora estadounidense.

Para ello, lleva a cabo un estudio de campo en tres espectros sociodemográficos del país. En primer lugar, explora los intentos de automatizar los procesos de selección para las prestaciones del sistema de apoyos al bienestar en Indiana. En segundo lugar, examina los registros electrónicos y el sistema de entrada coordinada, en Los Ángeles, California, para vincular a las personas sin techo más vulnerables del condado con los recursos disponibles adecuados. En tercer lugar, observa el funcionamiento de un modelo de previsión de riesgos dirigido a la predicción hacia la infancia como futuras víctimas de maltrato o abandono en el condado de Allegheny, Pensilvania.

En el transcurso de la investigación se analizaron los diversos sistemas de servicios sociales, como la Asistencia Temporal a Familia Necesitadas, el Programa de Asistencia Nutricional Suplementaria (SNAP), el *Medicaid* en Indiana, la Autoridad de Servicios para Personas Sin techo de Los Ángeles (LAHSA) y servicios de protección a la infancia en el condado de Allegheny, como Herramienta de Cribado de Familias de Allegheny, Pensilvania, Allegheny Family Screening Tool (AFST) y el Centro de Atención Telefónica de la Oficina de Infancia, Juventud y Familia del condado de Allegheny, Children and Youth Services (CYS).

A través un intenso trabajo de campo durante tres años, que convalidó observación participante, 105 entrevistas con familias afectadas, asistentes sociales, trabajadores familiares, legisladores, administradores de

"Observa el funcionamiento de un modelo de previsión de riesgos dirigido a la predicción hacia la infancia como futuras víctimas de maltrato o abandono en el condado de Allegheny, Pensilvania"



programas, periodistas, expertos y agentes de policía, examen estadístico y de archivo, la autora revela que: "en todo el país las personas pobres y de clase obrera son la diana de las nuevas herramientas digitales de gestión de la pobreza, y a causa de ello afrontan consecuencias que suponen una amenaza para sus vidas. Los sistemas automatizados de elegibilidad para ayudas las desalientan de solicitar unos recursos públicos que precisan para sobrevivir y prosperar. Bases de datos integradas y complejas recogen su información más personal, con escasos parámetros de privacidad o seguridad, sin ofrecerles prácticamente nada a cambio. Algoritmos y modelos predictivos las etiquetan

como inversiones de riesgo y padres problemáticos. Enormes complejos de servicios sociales, fuerzas del orden y vigilancia de vecindarios hacen visible hasta el último de sus movimientos y exponen sus conductas al control gubernamental, comercial y público.” Por lo tanto, “al igual que las innovaciones tecnológicas anteriores para la gestión de la pobreza, el rastreo digital y la toma automatizada de decisiones ocultan la pobreza a la población de la clase media profesional y brindan al país la distancia ética necesaria para tomar decisiones inhumanas: quién recibe comida y quién se muere de hambre, quién tiene vivienda y quién permanece sin hogar, y qué familias destruye el Estado. El asilo digital se inscribe en una larga tradición estadounidense. Tratamos a los pobres a título individual para eludir nuestra responsabilidad compartida de erradicar la pobreza”.

Las herramientas, tecnologías y sistemas automatizados para atender la pobreza, tanto como los híbridos, no están pensados para ayudar a las personas necesitadas, como apunta Chris Holly. Prueba de ello, son los efectos devastadores de la automatización en la población pobre y de clase obrera de Indiana. De 2006 a 2008, el Estado negó más de un millón de solicitudes de cupones de alimentos, de Medicaid y de ayudas en efectivo, lo que representa un aumento del 54% de las negativas con respecto a los tres años previos a la automatización.

La profunda desigualdad que generan los sistemas de automatización en los servicios sociales estadounidense se ha encontrado más en la población afroamericana, como lo demuestra el ejemplo de Omega Young: “En otoño de 2008, Omega Young, de Evansville, no pudo acudir a su cita para volver a certificar su Medicaid porque estaba ingresada en el hospital a causa de un cáncer terminal. El cáncer que se había iniciado en sus ovarios había hecho metástasis en los riñones, mamas e hígado. La quimioterapia la había dejado debilitada y demacrada. Young, de rostro redondo y con la piel de color ocre oscuro, era madre de dos hijos ya adultos, y se esforzó por satisfacer todos los requisitos del nuevo sistema. Telefonó al Centro de Asistencia del condado de Vanderburgh para notificarles que estaba hospitalizada. Y aun así la dejaron sin subsidios y sin cupones de alimentos por falta de colaboración. [...] “Al perder sus ayudas, Young no pudo costearse los medicamentos. También se quedó sin cupones de alimentos. Tenía problemas para pagar el alquiler. Y le denegaron el transporte gratuito para acudir a sus citas médicas. Omega Young falleció el 1 de marzo de 2009. Al día siguiente, el 2 de marzo, ganó su apelación contra la Administración de Servicios Sociales y Familiares por terminación indebida y le restituyeron las ayudas”. ¡Vaya ironía del sistema!

Lo que significa todo esto es la implantación de lo que Virginia Eubanks acuña como régimen contemporáneo del asilo digital. Creado en la década de 1970: “El asilo digital erige barreras para los pobres y las personas de clase obrera que intentan acceder a recursos compartidos. En Indiana, la combinación de la automatización de la elegibilidad y la privatización logró una reducción pasmosa de las listas de la asistencia social. Unos procesos administrativos engorrosos y unas expectativas irrazonables evitaban que las personas accedieran a beneficios a los que tenían derecho y que merecían. Y unas normas frágiles y unos parámetros de rendimiento mal diseñados conllevaban que cuando se cometían errores siempre se interpretaran como falta del solicitante, no del Estado ni de la empresa contratista”.

En el caso del condado de Los Ángeles, las cifras de los sin techo que no reciben ningún tipo de ayuda llegan, según los últimos datos proporcionados por la autora, a veinticinco mil personas que permanecen estancados en el Sistema de Información para la Gestión de las Personas Sin Hogar durante siete años. Además, la entrada coordinada y diversas herramientas tecnológicas operadas por el Estado muestran mayor visibilidad

“En el caso del condado de Los Ángeles, las cifras de los sin techo que no reciben ningún tipo de ayuda llegan (...) a veinticinco mil personas que permanecen estancados en el Sistema de Información para la Gestión de las Personas Sin Hogar.

a los comportamientos de los sin techo y los hacen más predecibles y rastreables. De tal forma, los individuos sin hogares en Los Ángeles enfrentan un gran dilema: “admitir un comportamiento de riesgo o incluso ilegal en el I-SPADT [Índice de Vulnerabilidad-Herramienta de Ayuda a la Toma de Decisiones Mediante la Priorización de Servicios] puede asignarte una mayor puntuación en la lista de personas con prioridad para recibir una vivienda de apoyo a la reinsertión permanente, pero también puede exponerte a la vigilancia de las fuerzas del orden. La entrada coordinada no es solo un sistema que gestiona información para hallar correspondencias entre la oferta y la demanda, es también un sistema de vigilancia para clasificar y criminalizar a los pobres”.

Por otro lado, en 2012, la Asamblea General de Pensilvania redujo las partidas sociales en un 10%, reducción que significó una pérdida de 12 millones de dólares para el Departamento de Servicios Sociales. Asimismo, con la evaluación del modelo de predicción de riesgos que utiliza el condado de Allegheny, Pensilvania, para prever el abandono y el maltrato infantil, denominado Herramienta de Cribado de Familias de Allegheny (AFST) se ha demostrado que solo plantea probabilidades, no una predicción precisa. Si bien indica patrones y tendencias, comete errores en lo relativo a casos individuales.



En la perspectiva de la autora, la naturaleza del asilo digital se configura de 5 elementos fundamentales:

1.- **El asilo digital es de difícil comprensión.** Los algoritmos, el *software*, y los modelos aplicados son complejos y frecuentemente secretos. Se encuentran protegidos por procedimientos logísticos empresariales, como el caso del *software* de IBM y ACS, que negaron el acceso a ayuda en efectivo, cupones de alimentos y atención de salud a los ciudadanos de Indiana.

2.- **El asilo digital puede ampliarse indefinidamente.** El desarrollo de “herramientas de alta tecnología como los sistemas de toma automatizada de decisiones, los algoritmos de correspondencia y los modelos de predicción de riesgos tienen el potencial de propagarse a gran velocidad. Los centros de atención telefónica de ACS en Indiana rechazaban las solicitudes de ayudas sociales a una velocidad hasta entonces inimaginable, en parte porque los telefonistas consumían menos tiempo que los asistentes sociales entablando vínculos personales”.

3.- **El asilo digital es persistente.** Una vez ampliados, los sistemas digitales resultan muy difíciles de desarticular. Las nuevas tecnologías e infraestructuras digitales son potenciadas y confieren impulso en la medida en que se integran en las estructuras e instituciones socioeconómicas.

4.- **El asilo digital es eterno.** Mientras los archivos de papel se convertían en obsoletos porque su existencia física generaba problemas de almacenamiento, los datos y archivos del asilo digital permanecerán por un tiempo indeterminado, ofreciendo un registro eterno. De tal modo, que “las decisiones pasadas que resultaron lesivas



Virginia Eubanks, autora de la investigación.

para otras personas deben tener consecuencias. Pero que te persigan de por vida por un diagnóstico mental, una acusación de abandono infantil o unos antecedentes penales reduce las opciones en la vida, limita tu autonomía y deteriora tu autodeterminación. Además, retener los datos de los servicios sociales *ad infinitum* agrava el riesgo de que se produzcan filtraciones o revelaciones indebidas. El registro eterno es un castigo y una venganza. No tiene nada que ver con la justicia”.

5.- Todos vivimos en el asilo digital. En el horizonte próximo de las relaciones humanas “las herramientas tecnológicas que se ensayan en los pobres acabarán usándose en todo el mundo. Una catástrofe nacional o un cambio de régimen político podrían justificar el despliegue de toda la capacidad de vigilancia del asilo digital en el espectro completo de clases sociales. En este sentido, “creamos una sociedad que no contempla a los discapacitados ni a los ancianos, y luego se nos margina cuando nos lesionamos o envejecemos. Medimos la valía humana en función de la capacidad de ganar un salario y sufrimos en un mundo que subestima el cuidado y la comunidad. Basamos nuestra economía en explotar la mano de obra de las minorías raciales y étnicas, mientras contemplamos cómo las desigualdades de siempre destruyen el potencial humano. Vemos que el mundo está inevitablemente dividido por una competencia sangrienta, y somos incapaces de reconocer las muchas maneras en que cooperamos y nos ayudamos los unos a los otros”. De una manera u otra, todos, sin excepción, vivimos en las trampas y escaramuzas del mundo digital. Corremos, si descanso, en el permanente engranaje de la ruedita del hámster.

Como alternativa al asilo digital, la autora recupera los



Fotos: Archivo Palabra

seis derechos fundamentales manifestados por Martin Luther King Jr. y los miembros de la Conferencia de Liderazgo Cristiano del Sur, en la carta dirigida al presidente Lyndon B. Johnson y al Congreso de Estados Unidos, en febrero de 1968:

El derecho de todo ciudadano en edad de trabajar a tener un trabajo digno.

El derecho de todo ciudadano a una renta mínima.

El derecho de todo ciudadano a una vivienda digna y a elegir libremente su vecindario.

El derecho a una educación adecuada.

El derecho a participar en el proceso de toma de decisiones.

El derecho al aprovechamiento pleno de la ciencia moderna en los cuidados sanitarios.

En la búsqueda del desmantelamiento del asilo digital realmente existente, se requiere retomar las experiencias de movimientos sociales como Occupy Wall Street, Black Lives Matter, entre otros. También es necesario accionar la imaginación y la elaboración de cuestionamientos de manera totalmente distinta. Realizar empatía y comprensión entre la clase obrera y los pobres con la formación de coaliciones políticas efectivas. Para ello, es menester una transformación en la ética individual, la política y la cultura.

Virginia Eubanks (1972) es una politóloga estadouni-

dense, Profesora Asociada en el Departamento de Ciencias Políticas de Universidad Estatal de Nueva York, en Albany, (SUNY). Llevó a cabo una licenciatura en Cultura Literaria en 1994 en la Universidad de California en Santa Cruz. Realizó sus estudios de posgrado en el Instituto Politécnico Rensselaer, en Troy, Nueva York, donde obtuvo un Maestría en Ciencias en Comunicación y Retórica en 1999 y un Doctorado en Estudios de Ciencia y Tecnología en 2004.

Eubanks fue fundadora del proyecto Our Data Bodies, En 2005, fue miembro de Our Knowledge, Our Power (OKOP), un grupo de derechos sociales y justicia económica. OKOP fue una organización miembro de la Campaña de Derechos Humanos Económicos de los Pobres (PPEHRC) hasta su desaparición en 2015. Ha sido ganadora del McGannon Center Book Prize, en 2018 y del premio Lillian Smith Book, en 2019. Scholar-In-Residence en Electronic Privacy Information Center, Washington D.C. (febrero de 2022 hasta el presente).

Es autora de: *Digital Dead End: Fighting for Social Justice in the Information Age* (MIT Press, 2011) y coeditora, con Alethia Jones, de *Ain't Gonna Let Nobody Turn Me Around: Forty Years of Movement Building with Barbara Smith* (SUNY, 2014). Sus trabajos de investigación y ensayos han aparecido en *The New York Times Magazine*, *Scientific American*, *The Nation*, *Harper's* y *Wired*, entre otros.

Virginia Eubanks, *La automatización de la desigualdad. Herramientas de tecnología avanzada para supervisar y castigar a los pobres*, Madrid, Ed. Capitán Swing, 2024.

Currículo posmoderno de una soltera antigua o diario amoroso de una mujer posromántica



Por Elizabeth Cazessús

Poeta y artista de performance.
Autora de *Mujer que vuela* y *Desierto en fuga*. Su obra ha sido traducida al inglés y al polaco.
enediana77@yahoo.com.mx

Currículo posmoderno de una soltera antigua (Colección Editorial CECUT, 2012), título de la novela de Lucía Martínez Espinoza que me ha dejado un agradable sabor de ojos, una complicidad y un buqué exquisito. El título me causó una larga digresión ya que el posmodernismo parte de un concepto filosófico por lo que me permití hacer una reflexión. El modernismo va del siglo XV a finales del XX (luego viene la posmodernidad). Y durante este tiempo hay una larga lista de escritores románticos, importantes y famosos por sus aportaciones a la historia de la literatura. El posmodernismo se registra desde mitad del s. XX (1950) hasta la actualidad. ¿Qué diferencia hay entre estas dos épocas? Es cierto que del modernismo proliferaron los grandes relatos, novelas de gran formato, del que se desprendía la novela histórica, y, a diferencia, el posmodernismo liberó el dualismo, y una postura más híbrida y pluralista se empezó a escribir una literatura existencialista, exponiendo la crisis del pensamiento metafísico, una literatura donde se intercalan los géneros. Literatura con referentes autobiográficos, donde proliferaron los micro relatos, los diferentes modos de pensar, cuentos breves, así como los diarios y epistolarios pasaron a ser un referente literario.

En la novela de Lucía Martínez se desarrollan micro relatos como una concatenación de acontecimientos amorosos de una mujer soltera que libera sin prejuicios su rosario de contradicciones en el amor. La novela tiene un sentido intimista, introspectivo, confesional con una búsqueda insistente del amor en pareja, así como de una sutileza escritural y minuciosa descripción que llega a tener momentos de revelación y transgresión. En todo momento la narración juega con esa prosa en fusión con el dictado del diario, incluso con fechas registradas periódicamente. El juego de espejos es muy conmovedor por su transparencia, claridad y desnudez, derivan en un encabalgamiento por la vida inte-



Lucía Martínez Espinoza.

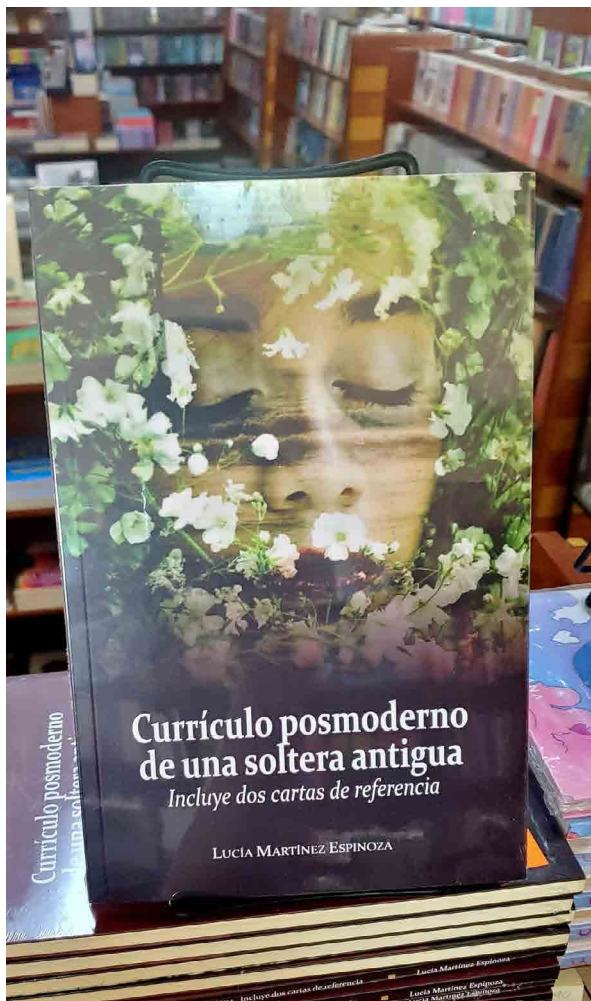
Fotos: Archivo Palabra

rior, como sedante de la psicología del amor.

Esto le permite al lector entrar al laberinto y complejidades de Psique. El juego del anonimato de una protagonista que no se nombra ni a sí misma, porque primero quiso descubrir lo masculino y lo femenino en ella. Con esto empieza a darle estructura a su caos a través de diversos espejos mostrando los perfiles amantes en su novela enmarcados con esta intención literaria y cito:

“Literatura con referentes autobiográficos, donde proliferaron los micro relatos, los diferentes modos de pensar, cuentos breves, así como los diarios y epistolarios pasaron a ser un referente literario”

“Tras incontables sueños eróticos sin destinatario, consciente de mi crónica ingenuidad, y de esa especie de adicción al hombre equivocado he conseguido preguntarme. ¿Mi género es puro? ¿Hasta donde se elevarán las alas de mis pasiones? ¿Qué o quién es eso que intento retener sin lograr siquiera asir? Se me ha revelado el perfil de un hombre: Placer de medio tiempo, alma de cristal, daño agazapado, calle en libertad, mano ausente. También



el de alguna mujer, letras en el claustro, olvido de si, pureza en el castillo feminidad en extinción, charco estancado. En cuanto al significado de la pareja no hay revelación”.

El amor sin revelación, precisa de la ironía en ausencia del amor o los fracasos del amor y las ilusiones. Ese amante es un japonés, o es F, K, G. ¿Para qué nombrar lo inexistente o lo que no pudo ser?

Otra vez se nos revela el sexo como mito, y si el sexo no fuera un mito no existiría, Afrodita, ni la Llorona, ni pasarían a las páginas de la historia, los pasajes bíblicos de Adán y Eva, el beso de Saturno a Perséfone, ni la vivencia de Eros enamorado del Laurel, ni la declaración de Diótima de Mantínea en el Banquete de Platón afirmando que el amor es un demonio.

El atractivo de esta novela es precisamente el acontecer transparente de la vida propia de sus per-

sonajes sin ser nombrados, excepto como actos de amor, citas, miradas, encuentros de cuerpos desnudos en hoteles o habitaciones de paso.

Característica propia de los diarios, pues el diario oculta la intimidad que se maneja dentro del anonimato de quien lo escribe. Hay anécdotas que pertenece más al confesionario sacerdotal, al cotilleo sexual.

La mayoría de los diarios en general, se manejan en primera persona y esto los hacen más verosímiles, con una poética autocrítica, una prosa diluida e inquietante. La novela demuestra una poética como búsqueda del personaje que se piensa, se integra o se desintegra ante las ideas o de la cultura aprendida del “amor”. Frente a la crítica de la ingenuidad del romanticismo, existe lo otro: la conciencia del ser social, la crítica a los roles sexuales impuestos por la cultura.

Lucía Martínez se asemeja a escritoras que asumieron contar su vida o hacer de su vida una ficción observada desde las conscientes complejidades del ser humano y del ser mujer. Para afirmarse en uno de sus relatos y cito: “La noche en que murió mi romanticismo no hubo lágrimas”.

La mujer escritora no va en busca del amor sino en busca de si misma. La “soltera antigua”, no tiene nada de antiguo, sino todo lo contrario. El lenguaje y la voz reflejan todas las temáticas o problemáticas de nuestra vida contemporánea.

“El juego del anonimato de una protagonista que no se nombra ni a si misma, porque primero quiso descubrir lo masculino y lo femenino en ella”

La “mujer antigua” es esa mujer intuitiva con carácter de arqueóloga. La Diosa Psique que escarba, saca y ofrece a la luz de la memoria los escombros de un pasado que representa pérdidas o hallazgos. El personaje se desenvuelve con un instinto poderoso, estimulante y obsesivo que devela los aspectos de una mujer en confrontación constante con su vida amorosa, sexual y laboral.

La mujer que se imagina a otro hombre, que no es su hombre y que la realidad le regresa como otro ser desconocido, evasivo, en fuga, temeroso y en algunos casos hasta cobarde. El drama no es nada extraño para la historia de las mujeres escritoras, desde que Simón de Beauvoir otra posmoderna nos dijo lo que significaba ser el segundo sexo; precisamente es cuando los sentimientos, deseos y ambiciones de la mujer en la relación de pareja quedan en segundo término dentro de la sociedad patriarcal en la que vivimos.

Más adelante nos dice Katherine Anne Porter: “Las mujeres modernas hemos nacido como románticas incurables”, y en torno a esto “los fragmentos de la melancolía del amor no correspondido, se suceden desde la cuna hasta la tumba”.

El personaje da verosimilitud a la voz de la “mujer posromántica”, se reafirma como parte de la novela existencialista. Lo dijo más claro Erica Jong en su autobiografía, *Miedo a los cincuenta*: “Una mujer con muchas feromonas vive muchos absurdos y una mujer inteligente vive muchas frustraciones”.

Lo interesante es que siempre hay un fiasco que desensamblar en la relación amorosa o “salir de ese estado electrizado por el alto voltaje del deseo”. Anaïs Nin nos dejó vida y obra en sus diarios, y expresó que “la vida es sentimiento”, y esto es solteras, casadas, lesbianas, monjas, servidoras sexuales, madres, amantes del arte, etc. ¿Cómo experimentar la vida sin sentimientos? ¿Cómo derrumbar los escombros que impiden ir más allá de los acotamientos del deseo y la pasión reprimida?

La “literatura del fracaso”, deja un saldo y hay una “paga con escombros”. Bellos, intelectuales, sensibles escombros productos de la memoria. Estas micro historias con las contradicciones desde lo cotidiano, aspectos relevantes como deshechos de una galería de lo intangible, de lo aparentemente efímero, intrascendente y fugaz, pero a la vez intenso y trascendente de la vida.

El mayor acierto es que Lucía Martínez toma la pluma y nos muestra y profundiza el tema del oficio, apropiándose de la escritura. La subjetividad de la escritura le regresa una vida a la autora, con todas las trampas, huesos y cebos quemados. Es mejor escribir en tiempo de cenizas para que la tinta nos revele lo “grande de lo pequeño”, como lo estipula el refrán chino. Escribir para robarte una vida a la crítica posmoderna sin contenidos. Los “Dioses posmodernos”, en franca decadencia, nos robaron el fuego del romanticismo moderno, dejando caer las bombas en Hiroshima y Nagasaki; mientras nuestro personaje en esta novela hace con su “caja de cerillos”, una fogata que ilumina las sombras del mito.

Lucía Martínez suma a nuestra biblioteca una novela escrita y ganadora en Baja California, y que Elmer Mendoza reconoce como “una voz femenina sólida con riqueza de espacios: con un nivel psicológico de la narradora, verosímil, que proyecta un discurso rico y agradable”. 

Gaza: un nuevo capítulo para la historia del pan

Me resulta insoportable saber que en Gaza está en marcha una masacre metódica que mata de hambre, como sucedió en el pasado



Por Lidia Jorge

Es escritora. Su último libro publicado es *El viento silbando entre las grúas*
@lidiajorge.com

Nadie me ve, pero se miran unos a otros.

Y saben que estoy aquí.

Laurence Binyon

1. Escribo en la habitación de una antigua casa donde antaño se hacía el pan. A mis espaldas aún se conserva el sencillo horno de mampostería, robusto y altivo, tal como se construían hace cien años en el sur de Portugal. Cerca de la ventana se colocaba un cuenco de barro donde se diluía la harina y la masa se trabajaba enérgicamente. Bajo la presión de los puños, la pasta pegajosa se transformaba poco a poco en una sustancia plástica, homogénea y suave, una especie de carne sagrada.

Pero debo añadir que, para que la masa creciera como es debido, se creía necesario dibujar una cruz sobre ella. Sin embargo, a los niños no se nos permitía observar el proceso de fermentación, así que aprendí a distinguir cuándo la masa estaba lista por el olor ácido que desprendía. Luego se moldeaban los panes sobre el paño, y mientras tanto, la boca del horno se henchía de llamas abrasadoras. Dentro de este, cuando solo quedaban las brasas, se producía el milagro de la cocción. Así pues, puedo decir que, aunque no conozca los secretos de la panificación como un panadero, sí conozco algunos de sus pasos.

2. Esta transformación de la harina en pan es una de las imágenes que llevo conmigo como símbolo de esa abundancia y generosidad que los brazos humanos son capaces de producir. Compartirlo es un don; negárselo a quien tiene hambre, un crimen. Pude constatarlo cuando visité Lidice, el pueblo checo que los nazis arrasaron en 1942 tras asesinar a 173 hombres en una noche y deportar al campo de exterminio de Chelmo a 88 niños, de los cuales solo sobrevivieron siete. Todos los demás fueron diligentemente gaseados. Cuando yo estuve allí, aún no se había instalado la escultura diseñada por Marie Uchtylová, pero el memorial ya reconstruía el crimen de lesa humanidad con gran detalle. Tras la masacre, Lidice se convertiría en símbolo de la furia y la irracionalidad de la que es capaz cualquier pueblo cuando se ve socavado por ideologías extremistas que propagan la violencia y el odio como



método de dominación de masas. Con todo, lo que más me impresionó, entre la descripción de la barbarie ocurrida en Lidice, fueron las cartas que los niños deportados dejaron para la posteridad.

Antes de ser gaseados, muchos escribieron pidiendo auxilio, sin saber que todos, familiares y amigos, habían sido exterminados. Como es natural, las cartas de los niños de Lidice nunca salieron del perímetro del campo de concentración, por lo que fue posible encontrar algunas después de 1945. Son palabras aterradoras. Palabras de niños, incapaces de comprender su situación, pidiendo a sus conocidos que les enviaran un pedazo de pan por correo. Uno de ellos escribió: “Vecina, cuando salgas al patio, no les tires el pan mohoso a tus conejos, guárdalo para mandármelo a mí, que paso mucha hambre y no tengo nada que comer”. Cuando las leí, a finales de los noventa, pensé que millones de testimonios como esos provocarían al menos el sortilegio de evitar que en el futuro se viviera algo parecido. Por desgracia, al cabo de ochenta años, vuelve a ocurrir, y ahora no en la oscuridad de la noche, para que pase desapercibido. El exterminio por inanición se está llevando a

“El exterminio por inanición se está llevando a cabo a plena luz del día, para que el mundo lo observe con los ojos abiertos, sentado”



Fotos: Archivo Palabra

cabo a plena luz del día, para que el mundo lo observe con los ojos abiertos, sentado.

3. Lidice se halla a pocos kilómetros del campo de concentración de Terezín. Allí se produjo uno de los episodios más extraordinarios de la política de disimulo nazi. Hasta qué punto los representantes de la Cruz Roja que visitaron el campo en 1944 fueron conscientes de que la ciudad que el Führer ofrecía a los judíos era un fraude sigue siendo un misterio. Al día siguiente, los prisioneros, disfrazados de futbolistas y con otros atuendos elegantes, fueron ejecutados. Formaba parte de la estrategia de exterminio nazi ocultar lo que estaba sucediendo, encubrirlo. Pero la estrategia del siglo XXI es ahora la contraria. Mostrar, exhibir y aterrorizar mediante alardes públicos forma parte del repertorio poético tanto de la guerrilla terrorista como del terrorismo de Estado. Lo que ocurre en el territorio de Gaza, con el desplazamiento forzado de sus habitantes, perdidos en medio de las ruinas, reducidos a la condición de animales en filas para la distribución de alimentos, y, por otro lado, lo que ocurre bajo tierra donde se encuentran los rehenes, es indescriptible e incalificable. En ambos casos, nos hallamos ante personas que mendigan pan, que van consumiéndose, que mueren por carecer de él. Gobernar territorios mediante el hambre, exterminar mediante el hambre, como hicieron los nazis y los rusos durante el Holodomor, nos

“Gobernar territorios mediante el hambre, exterminar mediante el hambre, como hicieron los nazis y los rusos durante el Holodomor, nos ilustra esta nueva supresión del pan como acto de guerra”

ilustra esta nueva supresión del pan como acto de guerra. Lo que está ocurriendo en Gaza y en toda Palestina es imperdonable. No hay razón histórica que justifique tal escala de crueldad simétrica. Europa debe ser clara en su doble condena. La solución al conflicto no puede pasar por el perdón para los rostros que lo han llevado hasta tales cotas de inhumanidad. La imagen de personas a la intemperie, muriendo por falta de un saco de harina en Jan Yunis y las imágenes de Evyatar David y Rom Braslavski en claustrofóbicos túneles forman parte de una lógica que no estaba prevista en el mapa del horror. Alfonso Armada, en un hermoso y conmovedor poema sobre esta tragedia, elige como estribillo la súplica de un niño de Gaza: “¡Pan, abuelo, pan!” Y evoca los nombres de algunos a quienes llama xilófonos de carne y hueso: Yahia al-Najjar, Hamza, Wafa, Amna... Ninguno de ellos tiene pan.

4. Sé algo sobre el peso del valor sustantivo del pan. El valor concreto que conduce a su valor simbólico como salvavidas. Porque en esta antigua casa, no solo se presenciaba la elaboración del pan, sino que se acompañaba también todo el proceso que precedía a la harina: esparcir las semillas en la tierra, asistir a la germinación, a la cosecha, a la trilla, al aventado, al ensacado, al transporte al molino, al regreso; y hasta doce meses después, por lo menos, no había pan en la mesa. Por lo tanto, es comprensible que, cada vez que se tiraba

un mendrugo, tuviera que envolverse en papel para evitar que se mezclara con la basura, y antes de eso, se besara como si fuera una inmanencia humana. Incluso hoy, este gesto primitivo me resulta familiar; sigo repitiéndolo, pues considero el pan como un símbolo de supervivencia humana que nadie puede negar. Por ello me resulta insoportable saber que hay una masacre metódica en marcha, llevada a cabo mediante el saqueo del pan.

5. Naturalmente, otros han explicado mucho mejor que yo esta relación primordial con el pan. Leí el libro de Heinrich Eduard Jacob, *Seis mil años de pan*, publicado en traducción portuguesa en 2003, y nunca lo he perdido de vista. Es un recorrido histórico por la invención del pan, que se produjo a orillas del antiguo Nilo, hasta el Holocausto del siglo XX, del que el propio autor fue víctima. En el capítulo final, describe cómo los nazis manipularon datos sobre los cultivos y el pan, y cómo llevaron a cabo su metódico plan de exterminio. Es tal contexto evoca Heinrich el poema de Laurence Binyon sobre el hambre. Consciente de que la hambruna es un estado que no admite palabras, la frase final de ese extraordinario libro es: “El pan, no obstante, se instaló junto a los escombros”. Fue escrito en 1944. Pero a esta antológica obra le falta un capítulo: el que describirá cómo la metódica masacre por hambre, retransmitida en directo con mil focos, demuestra que vivimos el apocalipsis de la conciencia humana. ¿Queremos que sea así? La respuesta puede demorarse algún tiempo, pero solo puede ser una: no. **P**

Relectura de Borges



Por Daniel Salinas Basave

Ensayista y periodista. Reside en Tijuana desde 1999. Autor de *Juglares del bordo*, *El lobo en su hora* y *Bajo la luz de una estrella muerta*. danibasave@hotmail.com

A noche me releí de hidalgo tres cuentos de Borges: *El otro*, *Ulrica* y *El Congreso*, terceto que abre *El libro de arena*. He estado leyendo los diálogos entre Borges y el profesor Osvaldo Ferrari en donde un Georgie ya anciano reflexiona con modestia absoluta sobre su propia obra:

—Si yo tuviera que elegir un libro entre los míos (no lo hago ya que no hay libros míos en esta casa), yo elegiría *El libro de arena*, pero me han dicho que *El informe de Brodie* es superior. La verdad es que yo no sé muy bien a qué volumen corresponde cada uno de los cuentos, pero me han dicho que *El Congreso* es mi mejor cuento, y creo que está en *El informe de Brodie*.

—No, está en *El libro de arena* —lo corrige Ferrari.

—Entonces mi predilección por *El libro de arena* se confirma.

El diálogo me lleva de inmediato a la relectura y me deja por herencia algunas reflexiones.

La primera es el gran desapego de Borges con su propia obra. Le importa tan poco y le parece tan modesta, que ni siquiera tiene claro en qué libro aparece cada relato, pues confunde *El informe de Brodie* con *El libro de arena* entre los que hay cinco años de diferencia (aunque ciertamente la primera publicación de *El Congreso* fue de manera independiente).

La segunda, es que la posteridad ha sido injusta con el Borges tardío. Siem-

pre que se alude a los cuentos de Borges, todo se limita a *El Aleph* y *Ficciones*, escritos en los años cuarenta y considerados sus obras maestras. De hecho son los únicos dos que compila el volumen Borges esencial de la Real Academia de la Lengua y los que suelen aparecer siempre en antologías. No olvidemos que el Borges tardío es ya invidente y que su proceso de escritura apostaba todo a la memoria. Los cuentos de *El libro de arena* o *Los poemas de Atlas* y *Los conjurados* le fueron dictados a Roberto Alifano, Alberto Manguel y al final a María Kodama (el propio Alifano me narró cómo fue el dictado de *Los conjurados*).

De los tres cuentos que me releí anoche, mi favorito ha sido siempre *El otro*, que narra el encuentro entre un Borges de 75 años que está sentado a la orilla del Charles River entre Cambridge y Boston y un Borges de 19 años que está sentado a la orilla del Lago de Ginebra. Tal vez porque el encuentro con el doble es mi fantasía recurrente desde que era niño o porque conozco uno de los escenarios (también yo caminé a la orilla del Charles River) pero ese diálogo siempre me ha parecido fantástico y ayer lo reconfirmé. No alcanzo a dimensionar en cambio la gran devoción que se tiene por *El Congreso*, para muchos el mejor de sus relatos tardíos y para el propio Borges su mejor cuento (según le confiesa a Osvaldo Ferrari). *El Congreso* tiene todos los elementos borgeanos: La utopía de la totalidad, un Congreso que represente a la humanidad entera, que hable un idioma universal y tenga una

“No olvidemos que el Borges tardío es ya invidente y que su proceso de escritura apostaba todo a la memoria”

suerte de Biblioteca de Alejandría (o de Babel) con todos los libros posibles.

Creo que algunos de los relatos más entrañables de Borges están en *La memoria de Shakespeare*, su último trabajo en prosa. El cuento Agosto 25, 1983, sigue con la temática de *El otro*, en donde el Borges maduro encuentra a un Borges anciano a punto de suicidarse. Ni hablar de *La memoria de Shakespeare* que podría leerse como

una continuación de *Funes el memorioso* o los Tigres azules (ningún escritor se obsesionó tanto con estos felinos).

Tal vez sea un síntoma de mi envejecimiento, pero hace tiempo ya que me es más fácil engancharme y emocionarme con relecturas que con novedades editoriales. Soy un relector compulsivo. En ese sentido, el gran campeón de mis relecturas es Georgie, un autor al que de una forma u otra siempre estoy retornando y siempre me parece que lo estoy leyendo por primera vez. 



Foto: Cortesía